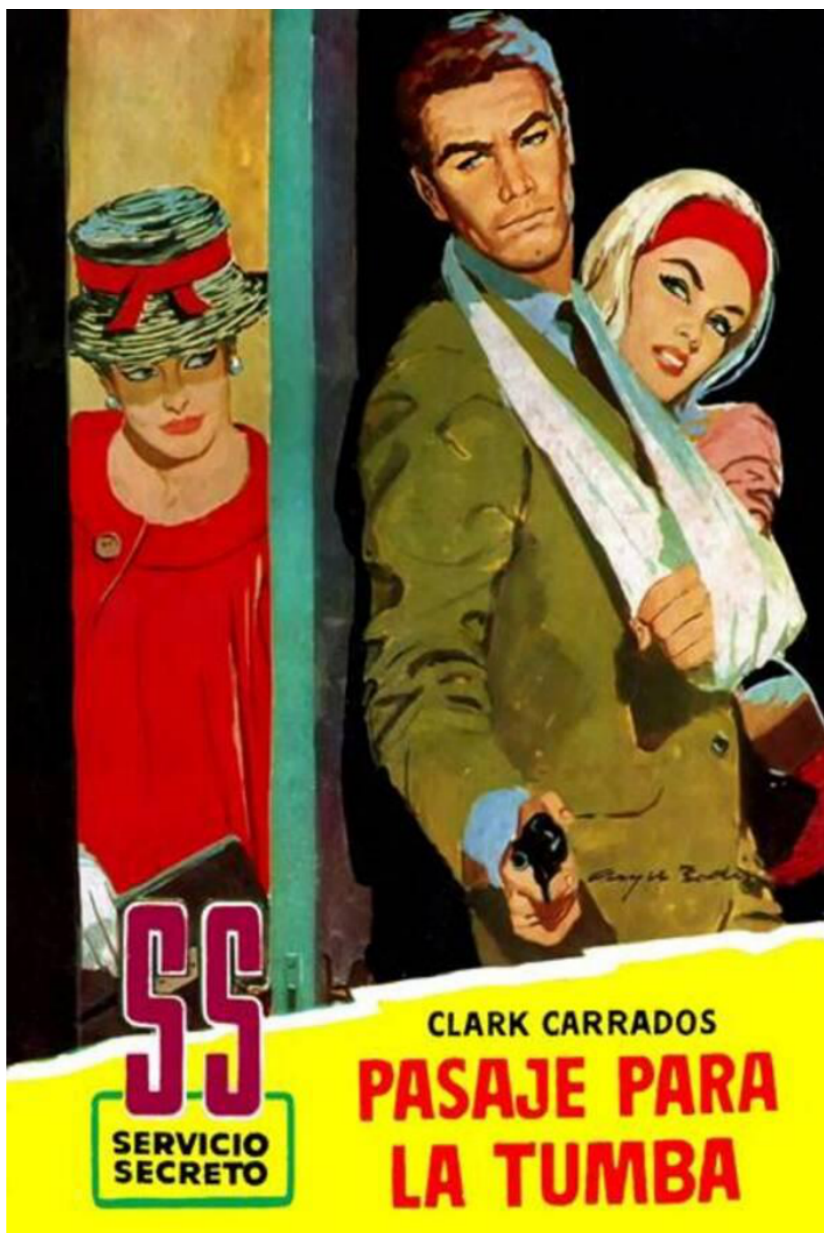




CLARK CARRADOS

PASAJE PARA LA TUMBA

SS

SERVICIO
SECRETO

CLARK CARRADOS

Pasaje para la tumba

1ª EDICIÓN
NOVRE. - 1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 11.726 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1960

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

N. R. 4184/60

PASAJE PARA LA TUMBA

**POR
CLARK CARRADOS**



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba solo. Había despedido a mi secretaria y me había parado en pie ante la ventana, contemplando el magnífico espectáculo del ocaso sobre Manhattan, cuando los últimos rayos del sol poniente se confunden con los primeros chispazos en tecnicolor de los anuncios luminosos. Una leve neblina se elevaba del cauce del Hudson, motivada por el sofocante calor que había hecho durante el día y que no parecía tener trazas de disminuir en las horas nocturnas.

Vacílé acerca de lo que debía hacer. El estómago estaba reclamando su ración de comida, en tanto que la lengua y la garganta pedían antes un trago. Pensé en complacer a todos estos órganos y, al efecto, después de haber prendido fuego a un cigarrillo, di media vuelta con ánimo de dirigirme hacia la salida.

Entonces vi que había una persona en el despacho.

Mi primer impulso fue llevarme la mano a la pistola.

La habitación estaba en sombras y mi profesión encierra demasiados azares y peligros para que uno pueda permitirse el lujo de ir desarmado. Estoy vivo porque he sido más rápido que algunos que quisieron «madrugarme» y sigo decidido a continuar vivo durante mucho más tiempo. Largos, largos años, en una palabra.

Pronto vi, sin embargo, que no era preciso hacer uso del arma. El recién llegado pertenecía al sexo opuesto; quiero decir que era una mujer.

—¿Quién es usted? —pregunté, frunciendo el ceño—. Y ¿cómo ha entrado aquí?

—¿No le parece —contestóme la desconocida— que antes de entrar en materia sería conveniente dar la luz?

—Quizá tenga razón —murmuré, porque, absorto en mis pensamientos, me había olvidado de iluminar el despacho.

Fui hacia la mesa y oprimí el botón de la lámpara. Al instante se hizo la luz y entonces pude contemplar a mi sabor el aspecto de la

intrusa.

Era alta, fina y esbelta, quizá delgada, pero sin que se le viese un solo hueso debajo de las tentadoras curvas que se amoldaban exactamente al vestido estampado que llevaba puesto y que pendía de sus redondos hombros por dos delgadísimas tiras de la misma tela.

Tenía la tez muy tostada, consecuencia de una buena temporada de baños de sol, lo cual contrastaba curiosamente con el intenso tono esmeralda de sus pupilas y el amarillo pálido de sus cabellos que le caían largamente, libres y sueltos y sin ninguna atadura, sobre la espalda. En la mano izquierda llevaba un gran bolso de rafia, rojo, lo mismo que sus zapatos de inverosímil tacón. De aire resuelto y decidido, su rostro era una maravilla.

Me dejó helado.

—¡Diablos! —rezongué—. ¿Es usted de carne y hueso o...?

—No soy ningún sueño, si es a eso a lo que se refiere usted, señor Dix —me contestó.

Entonces recordé su intrusión y se lo dije.

—La puerta estaba abierta —contestó.

—Pero no me ha dicho usted quién es todavía —objeté—. Ni tampoco a lo que ha venido aquí.

Sonrió de un modo que me cortó el aliento. Caminando onduladamente, se sentó en una esquina de la mesa, dejando ver la rodilla más perfecta que me ha sido dado contemplar en los días de mi vida.

—Me llamo Mesalina Glavell y he venido a ganar cincuenta mil dólares, después de lo cual usted y yo nos casaremos y nos iremos a vivir al campo, abandonando la profesión. ¿Qué le parecen mis planes?

Menos mal que tenía el sillón detrás de mí; si no, me caigo al suelo.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho? ¡Está loca! —Y alargué la mano hacia el teléfono.

Ella fue más rápida que yo y puso la suya sobre mi muñeca, cortándome el gesto a la mitad.

Movió la cabeza suavemente de derecha a izquierda.

—No, Tibby Dix, no llame a la ambulancia del manicomio. No estoy loca. Simplemente, he venido a contratarme como su

ayudante.

—¡Yo no necesito ayudante! —vociferé—. A duras penas puedo mantener una secretaria y usted pretende que la dé un sueldo que la permita... —Miré sus ropas de arriba abajo—, que la permita vestirse así, con unas prendas que valen más de lo que yo gano en dos meses de duro trabajo. ¿De qué clínica se ha escapado?

—De ninguna, Tibby —dijo, sonriendo inmutable. Sacó tabaco y empezó a fumar—. Simplemente, he seguido su carrera a través de los diarios y revistas especializadas y he llegado a una conclusión: «Tú eres el hombre que me conviene».

Me agarré con fuerza a los brazos del sillón. Mesalina —¡vaya con el nombrecito!— era hermosísima y poseía una figura capaz de hacer caminar de coronilla a un artrítico crónico con úlcera en el estómago y dilatación de la aorta, pero de ello a permitirme perder mi dorada independencia...

—Leí todos los detalles referentes al caso Lemmon. Lo hiciste muy bien, Tibby.

Yo seguía sin aliento. Ella, imperturbable, continuó:

—Me has gustado desde un principio, Tibby. Por eso, en cuanto me resolví dije: «Mesalina, ahí tienes a tu hombre. Cázalos y cástate con él». Y aquí estoy... Claro que antes tenemos que ganar un poco de dinero, porque si bien estoy enamorada de ti, la dieta de pan y cebolla no es cosa de mi única predilección —suspiró, hinchando peligrosamente la tela que cubría su espléndido torso—. ¡Adoro los filetes sangrantes rodeados de patatitas fritas, Tibby!

Con mano temblorosa busqué algo en uno de los cajones de mi mesa. Era una botella de *whisky* de la cual bebí directamente sin molestarme en verter el licor en un vaso.

—Bueno —se impacientó la rubia—, ¿qué me contestas?

Tragué saliva antes de hacerlo.

—Mis pensamientos no pueden traducirse en palabras —dije.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Fue más rápida que yo. Cogió el aparato y se lo llevó a la oreja.

—Despacho del señor Dix —exclamó.

Me puse en pie, tratando de arrancarle el auricular. Pero ella me dio un golpe con el bolso que me entumeció la mano. ¿Qué diablos llevaba dentro... un ladrillo?

—Sí, señora... No, no soy su secretaria, sino su ayudante

personal. Sí, la señorita Glavell... Un momento... voy a ver si puedo encontrar al señor Dix... ¿Qué es igual? Bien la escucho, señora Marvis.

El nombre me retumbó dentro del cráneo como una explosión de dinamita. ¡Nada menos que Marpha Marvis estaba al otro lado de la línea!

No pude entender la mayoría del diálogo que Mesalina sostenía con toda frescura con su interlocutora. Pero el final, desde luego, fue impresionante.

—Tendremos que consultar nuestra agenda, señora Marvis... —decía la muchacha—. Últimamente andaba un poco recargada y... ¡Cómo! ¿Qué no le importan los gastos, sino los resultados? Bien, hablaré con el señor Dix a ver si él puede resolver...

Alargué la mano para tomar el auricular, pero ante la amenaza del ladrillo que llevaba escondido en el bolso, opté por emprender una presurosa retirada.

—El servicio que nos pide es un poco... digamos especial, señora Marvis... ¿Qué no importa? ¿Cuánto estaría usted dispuesta a pagar por un éxito completo, teniendo en cuenta que nos veremos obligados a enfrentarnos con media docena de reclamaciones por contratos de trabajo incumplidos?

¡Contratos incumplidos! Esa chica estaba loca... ¡Pero si mi secretaria estaba dedicándose en los últimos tiempos a copista, porque no había una mala carta que redactar!

Continué prestando atención a Mesalina.

—Conforme, señora Marvis. Cincuenta más gastos. Naturalmente, garantizamos el éxito completo; de lo contrario, sólo percibiríamos los gastos. ¿Cuándo quiere que empecemos?... Bien, mañana estaremos allí a las seis de la tarde en punto... Por supuesto, los dos, el señor Dix y yo. Buenas noches, señora Marvis...

Colgó el teléfono y me miró, con ojos brillantes por la excitación.

—¡Lo conseguimos, Tibby, lo conseguimos! —exclamó.

Conté hasta diez, para no tirarme a su lindo cuello y retorcérselo allí mismo.

—¿Puedo saber qué es lo que hemos conseguido? —pregunté con voz helada.

—Es cierto, no te he contado... Pues... un contrato fabuloso con

la señora Marvis. Naturalmente, ya lo has oído, he tenido que regatear un poco, pero al fin me he salido con la mía...

—Ya lo veo —dije amargamente—. Cincuenta «pavos» y los gastos. ¡Vaya una ayudante que me he buscado!

Los grandes ojos de Mesalina me miraron con expresión de pasmo.

—¡Qué! ¿Cincuenta dólares? ¡No, señor! ¡Cincuenta mil!

Tuve que agarrarme nuevamente a los brazos del sillón.

—Repítalo —grité.

Ella se pavoneó. Dio dos vueltas por la habitación, haciendo volar el amplio vuelo de su cortísima falda, y luego se detuvo frente a mí, sonriéndome insinuante.

—Cincuenta mil dólares, cariñito —dijo—. Lo justo que necesitamos tú y yo para emprender la vida de casados.

—¡La vida de casados, un cuerno! —vociferé, poniéndome en pie de un salto—. Estoy ya más que harto de todos sus líos, señorita Glavell. ¿Quiere contarme de una vez por qué diablos ha contratado un trabajo en mi nombre con alguien a quién no conozco más que de oídas y sin que sepa siquiera en qué consiste tal trabajo?

Mesalina consultó un relojito de platino y brillantes que llevaba en la muñeca.

—Las ocho. Hora de mi filete con patatitas. Vamos, Tibby, acompáñame.

Se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás. Vacilé unos segundos, pero al fin, mascullando mil maldiciones, cogí mi sombrero y eché a andar tras ella. Salimos, cerré la puerta y nos dirigimos al ascensor.

—Bueno, y ahora...

Ella se puso un dedo en los labios.

—Ahora no —dijo—. Si hablo algo más que pedir la comida, me desmayaré. Luego, cariñito.

Salimos a la calle. Ella, por supuesto, llevaba el mando absoluto de las operaciones. Levantó la mano y paró un taxi.

—A la calle del Comercio.

El coche nos llevó al cogollito de Greenwich Village, el barrio pretendidamente bohemio de Nueva York. Se detuvo, a indicación de la chica, ante un establecimiento en cuya muestra se leía:

—Aquí es —dijo—. Paga, vidita.

Y no me quedó otro remedio que hacerlo, qué diablos. De modo que vi desaparecer dos de mis preciosos dólares en la garra que me tendía el taxista, el cual no se molestó siquiera en intentar devolverme el cambio de setenta centavos. Todavía se los estaba entregando, cuando ya arrancaba, rugiendo como si fuera un «¡F-100!».

Cuando volví la vista, Mesalina ya desaparecía en el interior de *Antonio's*. La seguí a toda prisa.

Salió a recibirnos un tipo simpático, que se deshizo en sonrisas al ver la rubia.

—Por aquí, señorita Mesalina —dijo, tratándola con la confianza de quien la ha visto muchas veces en su establecimiento—. ¿Su filetito con patatas fritas? ¿Qué sean dos...? ¡Estupendo! ¡Tengo un Chablis riquísimo que está diciendo «Bebedme»! ¿Sí? Espléndido, señorita Mesalina... Diez minutos más y estará todo listo —con toda desfachatez, el dueño del restaurante, que debía ser sin duda el propio Antonio, acercó su boca a la oreja de la chica y dijo, aunque no tan bajo que yo no lo oyera—: Buen mozo. La elogio el gusto, señorita.

Ella me miró de forma crítica de arriba abajo.

—¡Psé! ¡No está mal, Antonio! Pero la cena, pronto, pronto, o me desmayaré de inmediato.

Nos sentamos a la mesa. La cólera se iba acumulando en mi cuerpo como la electricidad estática en torno a un automóvil. En cualquier momento, algo establecería contacto con tierra y, ¡plaf! sobrevendría la descarga.

En medio de todo, era preciso reconocer que la rubia tenía gusto. La cena estaba como nunca la había comido y, como me agrada ser justo, así se lo hice saber.

—Pues te conviene enterarte, Tibby —me dijo—. Yo los hago mucho mejor que Antonio. La prueba es que en más de una ocasión ha querido contratarme como cocinera. Lo que pasa es que...

Apoyé los codos en la mesa y la miré fija, heladamente.

—Hábleme de la señora Marvis y de sus cincuenta mil dólares, ¿quiere?

Mesalina comprendió que esta vez la cosa iba en serio. Y ya había satisfecho su apetito, de modo que accedió.

—Verás —repuso, un poco asustada, aunque no quisiera darlo a entender—, la señora Marvis está metida en un conflicto...

—Todos los que me buscan lo están. ¿Qué más?

—Te advierto que éste no es un conflicto corriente. ¿Has oído hablar de Aida Laurel?

—¿Te refieres a la «estrella» de «buslesque»?

—La misma.

—¿Qué tiene que ver la Laurel con la señorita Marvis?

—Con ella directamente, no, sino con su hijo Silvanus.

—De modo que la señora Marvis tiene un hijo.

—Sí; y la madre de Silvanus, o sea nuestra contratante, quiere despegarlo de la «Estrella».

—En una palabra, que la Laurel ha sorbido el seso al tal Silvanus y la señora Marvis quiere que se lo devuelva... por nuestra mediación, conseguido lo cual nos pagará cincuenta mil del ala.

—Justamente —dijo Mesalina con púdica modestia, bajando unas pestañas de a metro. Naturales, menos mal.

—Eso es más cuestión del siquiatra que de un detective privado —rezongué—. ¿Qué culpa tenemos nosotros de que ese muchacho padezca de un complejo emocional derivado de una excesiva producción hormonal?

—Nosotros, ninguna; es Aida Laurel la que lo ha provocado —sonrió Mesalina.

—Eso no me gusta —refunfuñé.

—¡Tibby! —exclamó la chica, muy sorprendida—. Recuerda que se trata de cincuenta mil dólares.

—Ni que fueran quinientos mil. Es muy duro eso de separar a un hombre de la mujer a quién ama, aunque ésta sea una como la Laurel.

Los ojos de Mesalina echaron chispas.

—Supongo que después de haberte comprometido no te vas a echar atrás, ¿verdad? La señora Marvis podría darnos un disgusto si lo hiciéramos.

—Pero ¿por qué diablos quiere separar a Silvanus de Aida?

—Supóntelo —dijo ella fríamente, prendiendo fuego a un cigarrillo.

Apreté los labios.

—¿Y cómo lo vamos a hacer nosotros?

—Ah —se encogió de hombros—. No sé, depende.

—Depende, ¿de qué? —pregunte.

—No puedo decirlo, compréndelo, Tibby. Todas esas mujeres, como la Laurel tienen algún punto flaco, un costado al descubierto. Obligación nuestra es descubrirlo y atacarla por ahí. Entonces la abominable señora Marvis le dará una indemnización y la mandará a freír espárragos.

Parpadeé asombrado.

—¿Por qué la llamas abominable?

—Porque ha matado ya a tres maridos y el cuarto, como se descuide, seguirá el mismo camino.

—¡Diablos! ¡Tres maridos!

—Sí, pero no pienses mal de ella. Ni se divorció ni los asesinó. Murieron de muerte natural... que es lo que sucede cuando un individuo se encuentra casado con una mujer con el genio de Marpha Marvis. A los tres o cuatro años de matrimonio, ¡catacroc! la llamada a los de pompas fúnebres.

Me pasé la mano por la frente, cada vez más atontado.

—Que me ahorquen sí... Bueno, pero, en resumidas cuentas, todavía no me has dicho con toda claridad por qué la abominabl... digo la señora Marvis quiere dar la boleta a Aida Laurel.

Mesalina aplastó su cigarrillo contra el cenicero con aire pensativo.

—Marpha Marvis posee una incalculable cantidad de dinero, la mayoría en las Consolidadas Marvis del Acero. Ya sabes: barcos, aeroplanos, vagones de ferrocarril... hasta clavos y alfileres. Pero no todo el dinero es suyo; la herencia, que quedó a su favor del primer marido, cuyo apellido conserva a pesar de sus sucesivos matrimonios, es un tanto rara. El testamento establece que cuando Silvanus llegue a los veinticinco años, el sesenta por ciento del capital social de las Consolidadas Marvis pase íntegra y libremente a sus manos.

—¡Ajá! Esto ya parece algo más claro.

—Lo verás clarísimo cuando sepas que Silvanus cumple la edad crítica dentro de... —Miró un calendario de pared—, hoy estamos a nueve de junio... el dieciocho. Ese día podrá disponer libremente de algo así coma doce millones de dólares. A la madre le quedarán ocho, no creas que tendrá que ir a pedir limosna.

Abrí unos ojos como platos.

—¿Y en nueve días tan sólo quiere la abominable que encontremos algo comprometedor para la Laurel? —pregunté atónito.

Mesalina sonrió.

—Pues claro que lo encontraremos. Esas tipas tienen siempre detrás de sí un rastro como el que deja una mofeta en el bosque. Lo importante es encontrarlo; el resto se nos dará por añadidura.

Medité un segundo. Al cabo terminé por encogerme de hombros.

—¡Al diablo con todos ellos! —mascullé—. Quieren que separemos a Silvanus de Aída, ¿no? ¡Pues los separaremos!

—Para, compañero; la cosa no se presenta tan fácil como te crees. El niño está chiflado por la Laurel y no se separa de ella ni un momento. Además, está enterado de las pretensiones de su madre y ha dicho que soltará un tiro al primero que trate de interponerse entre él y Aida. Así que, ya lo sabes.

Lancé un suave silbido.

—Entonces la cosa se presenta menos fácil de lo que yo creía —murmuré.

—¿Te habías forjado ya un plan?

—Es claro que sí. Sencilísimo —y se lo dije.

Torció un poco el gesto.

—Pudiera dar resultados, Tibby —contestó Mesalina—. Tendré que hacer yo lo propio... pero en sentido opuesto, naturalmente.

—Con el joven Silvanus, ¿verdad?

Se miró de arriba abajo, muy satisfecha. Luego me miró a mí y sonrió.

—Tú, Tibby, ¿qué crees?

—Aunque sólo sea en fotografías, conozco a la Laurel. A tu lado no tiene nada que hacer. Además, el nombrecito que llevas te ayudará mucho en tu labor.

Los ojos le brillaron de cólera.

—Si no estuviéramos en lugar público —dijo, haciendo rechinar los dientes—, te partía la boca, Tibby Dix.

—Pero, chica...

—Ni chica ni infiernos. No me gustan las bromas con mi nombre, ¿sabes?

—Sí —contesté humildemente—. Aunque... la verdad, creo que

podemos juntarnos, Mesalina... si te dijo cuál es el mío.

—Suéltalo —dijo, muy interesada.

—Tiberio.

Sus ojos se dilataron un segundo y al siguiente rompió en una risa convulsiva, que provocó un torrente de lágrimas en sus lindos ojos. Casi se ahoga y a última hora tuve que darle unas palmadas en la espalda para hacerle recuperar la respiración.

—¡No me digas que esto no resulta estupendo! —dijo, con las mejillas chorreantes—. ¡Tiberio y Mesalina... dos de las más célebres y disolutas figuras de la antigüedad, unidos en una empresa común!

Dejó de reírse y me miró, ahora muy seria.

—Tibby, hemos de hacerlo bien. El premio son cincuenta mil dólares.

—Pero no la boda.

Sus ojos destellaron con un verdoso relámpago.

—La boda sí, querido Tiberio. Y no mucho después de resolver este caso. Ya lo verás.

Traté de desempeñar el papel de don Juan.

—No eres la primera mujer que intenta arrastrarme al altar, chica. Por ahí andan sembrados sus cuerpos.

—De ahora en adelante, la que siembre cuerpos de mujer, seré yo: los de todas aquellas que quieran acercarse a ti con fines de enamoramiento. Y no se hable más; paga y calla.

Levanté las manos al cielo.

—Jamás me había sucedido una cosa similar, lo aseguro.

Estaba ya en pie. Me miró largamente.

—Esto no es siquiera el prólogo de las que te aguardan, Tiberio.

—Me gusta más el diminutivo. Tibby. Aunque no tengo por qué ofenderme. Tiberio es un santo venerado por la Iglesia católica y cuya festividad se celebra el diez de noviembre, de modo que no lo confundas con el depravado emperador romano que...

—Si lo que estás diciendo es una alusión, entonces te haré saber que también la Iglesia católica celebra la festividad de Santa Mesalina. El veintitrés de enero. Mesalina fue una doncella cristiana que se ganó la palma del martirio en dicha fecha del año 251, por haber procurado alivio al obispo de Foligno, Feliciano, durante la séptima persecución decretada por el emperador Decio. Su cuerpo

fue hallado y reposa en Loreto desde 1599, y fue canonizada por el papa Paulo V en 1613. ¿Enterado?

Aquella chica era una fuente continua de sorpresas.

—¡Cielos! —exclamé.

—Mi madre era muy devota de Santa Mesalina y por eso me puso su nombre. Así está explicado todo, ¿verdad?

Asentí, tragando saliva.

—Claro... claro... —murmuré.

—Andando. Hemos de preparar el equipaje para permanecer unos cuantos días en casa de la abominable y ya es un poco tarde.

El restaurante tenía un aspecto discreto y modesto, pero la cuenta que me pasaron carecía de estas dos virtudes. Me consolé pensando en los cincuenta mil «machacantes» que nos esperaban en casa de la abominable señora Marvis, sólo por ponerle la zancadilla a una artista de «burlesque». Claro que, como había dicho Mesalina, la cosa no se presentaba fácil, a pesar de que lo parecía. Pero ya nos arreglaríamos.

CAPÍTULO II

Por necesidades de espacio, y económicas, que todo es preciso decirlo, habitaba en el mismo apartamento donde tenía instalada mi oficina. Por tanto, una vez me hube separado de la desconcertante Mesalina, me dirigí a casita, con ánimo de preparar todas las cosas para el día siguiente.

Abrí la puerta y crucé el umbral. En el mismo momento, dos poderosos brazos me cogieron por detrás y debajo de las axilas, cruzándose las manos en mi nuca e impidiéndome el menor movimiento, so pena de fracturarme yo mismo las vértebras cervicales.

Una voz sonó detrás de mis oídos. El aliento a cebolla que despedía era realmente insoportable y me entraron náuseas.

—Da la luz, Kolkee.

Sonó un chasquido y al instante el antedespacho quedó bañado por los rayos de la lámpara central del techo. Un individuo de mediana estatura y aspecto de cualquier cosa menos de persona decente, quedó ante mis ojos.

—Quítale los dientes —dijo el gorila que me sujetaba.

El llamado Kolkee avanzó hacia mí. Le dejé hacer; no estaba el horno para bollos en la posición en que me encontraba. Metió la mano en mi sobaquera y extrajo la «Colt» 45 que acostumbro a usar. Sacó el cargador y desparramó las balas por el suelo, tirando juego la pistola a la papelería.

—Ya puedes soltarlo, Largssen.

Me dieron un rodillazo en ese sitio donde la espalda pierde su honesto nombre y trastabillé hacia adelante. Al pasar por delante de Kolkee, éste me puso la zancadilla y me di de narices contra el suelo.

La sangre me hirvió en las venas. Pero cuando quiero soy muy flemático, de modo que supe contenerme y dominando las ansias

que sentía de morder una yugular, me puse en pie lentamente, encañonado por un revólver «Colt» 44, de épocas prehistóricas, pero indudablemente eficaz a dos metros de distancia. Me di cuenta de que para hacerlo más manejable, Kolkee, su poseedor, le había aserrado al menos veinte centímetros de cañón, con lo cual llevarlo bajo el traje resultaba fácil y cómodo.

Movió el arma en sentido semicircular.

—Adentro, detective —dijo.

Arrojé una furtiva mirada a mi primer apresador. Lo reconocí de inmediato.

Era un gigantesco escandinavo cuya desmedida afición a cierta clase de vegetales le había dado el apodo con que vulgarmente se le conocía entre la «alta sociedad» del hampa: «Cebollas» Largssen; y tenía unos puños capaces de abollar los flancos de un acorazado. Sentí instantáneamente un infinito respeto hacia él.

—Está bien —dije, penetrando en mi despacho, mientras me sacudía el polvo del traje—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

«Cebollas» era meramente el brazo ejecutor. El cerebro del dueño era Kolkee, cuyos vivaces ojos denotaban una singular astucia.

—Simplemente, una cosa: que abandone el caso que le ha sido encomendado esta noche, Dix.

Fruncí el ceño.

—Madrugan mucho, bastardos. ¿Quién les ha ido con el chivatazo?

—Si vuelve a emplear de nuevo esa palabra, dejaré a Largssen que se encargue de usted, Dix. Límitese a contestar a mis preguntas cuando se las haga y su físico resultará indemne.

—No me han gustado nunca los pistoleros baratos y alquilones, que copian sus actitudes y fraseología de las películas. Lo malo es que, generalmente, las películas suelen ser viva imagen de la realidad. Un círculo vicioso, ¿estamos?

—Conforme. Hable, pues —dije.

—Ya se lo hemos dicho antes. Deseche el caso que le han encargado esta tarde. Presente sus excusas y diga que le ha salido un trabajo más urgente. Cuidar a su abuelita, por ejemplo; pero mándelos al infierno, ¿me entiende?

—¿Con ustedes o sin ustedes? —pregunté, tan fresco.

Los ojos de Kolkee chispearon.

—Tengo órdenes de no causarle el menor daño, en tanto me sea posible. De otro modo, no soportaría sus inconveniencias, Dix.

—¿Qué sucedería si me negase a hacer lo que me dicen?

—Tenemos una empresa dedicada a fabricar pijamas de cemento —contestó Kolkee imperturbable—. Y no flotan, ¿me comprende?

—Podría ponerse uno —repuse—. De todas formas, si piensan que voy a renunciar al trabajo que me han encomendado, están frescos.

Volví la vista hacia el escandinavo.

—¿Para quién trabajas ahora, «Cebollas»?

El gigante abrió la boca para hablar. Kolkee fue más rápido y extendió su mano.

—¡No contestes, Largssen! Déjame que hable yo solo —giró para enfrentarse de nuevo conmigo—. Haga lo que le decimos; su salud se resentiría en caso contrario.

—El hijo de mula que les emplea no sabe que ha topado con el hombre más terco y obstinado del mundo. A sus intimaciones, sólo tengo una respuesta que oponer: ¡NO! multiplicado por un millón de veces. De modo que ¡ya pueden empezar a contar!

Kolkee meneó la cabeza pensativamente.

—Es una lástima. Nos dijeron que no le hiciéramos daño, que le convenciéramos con palabras... a menos que se hiciera específicamente preciso obtener su asentimiento por otros medios —suspiró—. Bien, no diga usted que no se lo hemos prevenido. ¿Largssen?

Los ojos del gigante brillaron sádicamente.

—Sí, Kolkee —y empezó a avanzar hacia mí, blandiendo unos puños que parecían jamones.

Le miré fijamente, en tanto retrocedía. No, no me gustaba el aspecto que tenía el asunto.

«Cebollas» prosiguió el avance, mientras yo continuaba mi estratégica retirada. A mis espaldas sonó una apagada risita.

—Yo creía que todos los detectives privados eran valientes —dijo Kolkee. Me intimó de pronto—: ¡Quieto ahí! ¡No olvide que le estoy encañonando!

Medité un segundo. El primer puñetazo de «Cebollas» estaba ya al caer. Por el sonido de la voz de Kolkee deduje que lo tenía a un

metro de mí. Entonces me quedé quieto.

Simulé que me cubría, pero dejando que el puño del gorila me llegase al estómago. Entonces hice lo que los actores de cine en circunstancias similares: encogí el cuerpo, con lo que el golpe quedó atenuado notablemente.

Aun así, fue un puñetazo capaz de atontar a un buey. Pero me ayudó a conseguir lo que yo deseaba.

Retrocedí un par de pasos, abriendo mucho los brazos, al mismo tiempo que exhalaba un ronco grito, a medias legítimo y a medias falso. Detrás de mí, Kolkee se preparó para empujarme de nuevo a la arena.

Esto era lo que yo andaba buscando. Volví los brazos hacia atrás y le cogí por la cabeza antes de que tuviera tiempo de enterarse de lo que le sucedía.

Tipos como Kolkee no son nada para mí, que mido 1,85 y peso 90 kilos. Le pasaba quince centímetros y treinta kilos, de modo que me resultó facilísimo arrancarle del suelo.

El rufián gritó de angustia al verse volar por los aires. Frente a mí, «Cebollas» se quedó atontado por mi inesperada reacción.

Me bastó aquel segundo para estrellarle en pleno rostro a los pies de su colega. Un ronco sonido brotó de los labios partidos del gigante, junto con un torrente de sangre.

Kolkee quedó en el suelo, inmóvil por el momento. Pero sé necesitaba algo más para abatir al gorila, así que un segundo más tarde ya lo tenía de nuevo sobre mí.

El primer golpe me cogió en el hombro izquierdo. Me hizo girar con terrible violencia, lanzándome luego sobre mi mesa, que barrí en toda su extensión, arreando con todos cuantos objetos había sobre ella y que cayeron al suelo con infernal estrépito. Yo también pasé al otro lado y todavía estaba cayendo cuando oí los pasos de «Cebollas», que se arrojaba nuevamente sobre mí.

Afortunadamente, alguna ventaja tenía que tener: mi agilidad, que me hizo pasar por debajo de la mesa, a cuatro pies, escabulléndome de los suyos que me buscaban para aplastarme las narices con saña. Pasé al otro lado y me puse en pie.

A falta de otra cosa, le tiré un silletazo que no le hizo ni cosquillas. Él me sacudió un directo al estómago que me levantó en el aire, como si hubiera sido el cuerno de un toro, lanzándome

contra la pared opuesta y dejándome sin aire en los pulmones y frente a un millón de lucecitas de todos los colores.

La misma fuerza del golpe me impidió caer, aplastándome contra la pared. El gigante se arrojó otra vez sobre mí.

Apenas veía ya. Sólo me quedaba el instinto de defenderme. Conque ladeando el cuerpo, alargué el brazo derecho, pasándolo por debajo del suyo. Mis nudillos entraron en contacto con su mandíbula, al mismo tiempo que mi hombro izquierdo quedaba casi machacado por su caricia.

«Cebollas» puso los ojos en blanco, se envaró y un segundo más tarde se desplomó al suelo como una masa, fulminado por mi directo.

Parpadeé asombrado. El golpe mío había sido bueno, pero no tanto como para abatir a un tipo de su fortaleza. ¿Por qué había caído?

Hallé la explicación un segundo más tarde. Hay boxeadores muy buenos, con dinamita en sus puños, capaces de vencer a todo el que se les ponga por delante, pero con un solo defecto, que a la larga les es fatal, pues en cuanto se les descubre, acaban perdiendo todos los combates y con ello la fama adquirida. Si «Cebollas» se hubiera dedicado al pugilismo, habría sido uno de esos tipos que acabo de describir.

«Mandíbula de cristal» se les puede llamar. Encajan todos los golpes habidos y por haber en cualquier parte del cuerpo, pero no resisten en el mentón ni la cox de un mosquito. Y, bueno, la mandíbula de «Cebollas» era más frágil que una ampolla de inyecciones.

Pero no podía perder el tiempo en disquisiciones. Kolkee empezaba a rebullir y se arrastraba por el suelo en busca de su revólver, que había salido despedido a un lado.

Le alcancé antes de que lo hubiera conseguido. Como iba por detrás de él, alargué la mano y le cogí los pelos en un puñado, tirando luego hacia arriba con todas mis fuerzas.

Kolkee lanzó un grito de angustia al sentir el tironazo. Maldijo profusamente, pero le partí los labios con el revés de la mano. Luego, cobrándome la deuda, estiré la mano con los dedos rígidos, atizándole una estocada en la nuez que le dejó sin respiración.

«Cebollas» empezaba también a rebullir. Antes de que se pusiera

en pie, le quité la pistola que llevaba, la cual, junto con el revólver, pasó a mi poder. Entonces los dejé que se agruparan junto a la puerta furiosos, temerosos y humillados, después de haber recobrado y recargado mi propio 45.

—Escuchadme una cosa, pedazos de mula: He recibido un encargo y lo cumpliré, aunque tenga que moleros a palos... o llenaros el estómago de plomo. Ninguno de los dos sois otra cosa que unos pandilleros alquilones, al servicio de una canalla a quién pienso partir también los labios, en cuanto me lo eche a la cara. Podéis decirle eso o lo que os convenga, pero sería interesante que recordaseis que tipos como vosotros se enfrían unos cuantos a diario en las heladeras de la «morgue». Y si queréis seguir calientes, apartaos de mi paso.

Hice una corta pausa, durante la cual vacié de balas ambas armas, lanzándoselas luego a la cara.

—¡Largo, bastardos!

No intentaron chistar siquiera, tan abatidos estaban.

Cuando ya, una hora más tarde, después de haber revisado mi organismo y encontrarlo en perfectas condiciones, me metí en la cama, un acuciante pensamiento fue lo que primero vino a mi imaginación.

Mesalina había recibido el encargo de la abomin... digo, de la señora Marvis. Pero ¿de dónde diablos había obtenido ella tantos datos en una conversación que apenas había durado cinco minutos y en cuyo transcurso no era lógico que se los hubiesen proporcionado por teléfono?

Pensando en ello y en preguntárselo apenas la viese al día siguiente, me quedé dormido.

Cualquiera que oyera el apodo con que era conocida Marpha Marvis, pensaría de inmediato en una mujer alta, fornida, abundante de carnes y con doble papada, además de un genio insoportable. Lo único cierto de tal suposición era el genio. Lo demás...

Marpha Marvis era una mujer a la cual podían calculársele tanto sesenta como ochenta años. Estaba en esa edad indefinible propia de algunas mujeres, a partir de la cual el tiempo pasa y pasa sin dejar rastros apreciables. Quizá envejecen prematuramente, pero luego ya no pierden nada más en lo referente al físico.

Era menudita y vivaracha. Vestía un traje oscuro de color indefinible, y en su mano derecha sostenía perennemente un bastón de ébano con empuñadura de marfil, en la cual había incrustadas una docena de gemas como garbanzos. Sus ojos increíblemente azules eran engañosos y daban una impresión de bondad e ingenuidad de que ella carecía en absoluto. Parecían tranquilos y apacibles, cuando lo cierto era que no se perdían el menor detalle de cuánto sucedía a su alrededor.

Para terminar su descripción, diré que el cuello de su vestido, vagamente parecido a un hábito monjil, estaba cerrado por un camafeo de diez centímetros de diámetro y que hacía juego exactamente con el puño de su bastón. Por último, poseía la tez más tersa y sin arrugas que he visto en una mujer de su edad. Bien adobado el rostro, sobre el que no llevaba una sola mota de afeites, hubiera parecido casi una chiquilla, a poco que se lo hubiese propuesto.

Sin embargo, sus palabras demostraban que de chiquilla ingenua no tenía nada.

—Les he contratado —nos espetó a los dos apenas fuimos recibidos en su despacho— para que boten a esa pécora de Aida Laurel de las inmediaciones de mi hijo. Hagan lo que quieran, usen el medio que les parezca mejor, pero sáquenmela de encima y, sobre todo, recuerden que todo ha de estar concluido a la media noche del diecisiete. Un minuto después, mi hijo habrá entrado en posesión de su herencia y no podré impedirle que se case con esa... esa...

No encontraba palabras con qué definirla; sencillamente, se ahogaba de ira cada vez que pensaba en ella.

—Lo que no entiendo es —dije lentamente—, por qué Silvanus y Aida no se han casado ya. Ambos son mayores de edad y no necesitan consentimiento paterno para hacerlo.

La abominable se echó hacia adelante.

—Esa individua es muy lista, todo lo contrario de lo que le sucede a mi hijo. Sabe que Silvanus no entrará en posesión de la herencia hasta el día dieciocho y que yo puedo negarme a entregársela si comete algún acto deshonesto o que pueda desagradarme. No soy yo sola la que piensa así, pese a que lleve el asunto personalmente; hay otros albaceas testamentarios, cuya

opinión coincide exactamente con la mía. Aida Laurel no es la mujer que le conviene y podríamos desheredarle si se casase antes de cumplir los veinticinco años. Pero en cuanto los haya cumplido, entrará en posesión de sus doce millones de dólares sin que nadie pueda impedirle que haga después lo que quiera con ellos ¿me entienden?

Asentí con leve gesto.

—Y usted piensa pagarnos cincuenta mil sólo por buscarle a la Laurel las cosquillas.

—Usted lo ha dicho, jovenzuelo.

—Deme los nombres de sus coalbaceas, por favor, señora Marvis.

Me citó tres nombres, enteramente desconocidos para mí; y ello me dio la sensación de que eran tres hombres de paja, que hacían cuánto ella les mandaba. Anoté sus direcciones en la agenda y luego la guardé.

—Tendré que visitarlos —dije—. Pero en otro momento. Ahora, ¿tiene algo más que decirnos?

Sacudió la cabeza.

—Esa rubia, ¿es su ayudante, señor Dix?

—En efecto, señora Marvis.

Chasqueó los dedos.

—Se las busca a medida, pollo. ¿Dónde la encontró, en algún concurso de belleza de Atlantic City?

Un súbito rubor afloró a las mejillas de Mesalina. Aquello me divirtió enormemente.

—No, señora; en un cubo de la basura. Pasaba por allí y asomaban sus piernas. Como las vi muy bonitas, la saqué de aquel lugar y me la llevé a casa. Ahí sigue —suspiré con falsa resignación.

La abominable dejó escapar una risita.

—Espero que sea tan lista como guapa. Generalmente son dos cualidades que no suelen ir del brazo.

Mesalina estaba a punto de estallar. Pero debía pensar en los cincuenta mil y se aguantó.

—Agradezco mucho sus elogios, señora Marvis —contestó con toda la amabilidad que pudo—. ¿Dónde están nuestras habitaciones?

La vieja pulsó un botón.

—Aguarden —dijo.

Un minuto más tarde, una muchacha penetró en la estancia. Era de aspecto insignificante, aunque más le pareció por las ropas que vestía que por su físico, que no estaba mal del todo. Con un poco de adobo, aquellos inmensos ojazos negros que tenía hubieran vuelto tarumba a un batallón.

—Valeria, te presento a la señorita Glavell y al señor Dix. Son mis huéspedes. Aunque esto no te corresponde a ti, te agradecería que los acomodases.

—Por supuesto, señora Marvis.

La abominable nos miró.

—Ésta es Valeria Really. Mi secretaria, doncella y ama de casa y... si no fuera porque lleva faldas, diría que es mi hombre de confianza.

Valeria emitió una risita de compromiso.

—No te rías —farfulló la vieja—; ya sabes que no me gusta.

—Sí, señora —se volvió hacia nosotros—. ¿Quieren acompañarme?

Estábamos ya en la puerta, cuando de nuevo sonó la estridente voz de la dueña de la mansión.

—Están ustedes en su casa. Nadie más sino mi secretaria conoce su identidad. Pero ello no debe ser obstáculo para que hagan lo que sea, con tal de que consigan lo que yo quiero, ¿me han oído? —Asentimos a dúo. Entonces, la abominable concluyó—: ¡Largo de aquí! ¡A trabajar!

Cuando la puerta se hubo cerrado a nuestras espaldas, Mesalina y yo nos miramos mutuamente, bastante aplanados por la entrevista.

Pero antes de que pudiéramos hacer el menor comentario, se produjo el estallido de Valeria.

—¡Maldita bruja! ¡Con qué ganas la estrangularía si pudiera! ¡El día en que muera, Satanás pondrá el letrero de «completo» en el infierno!

Valeria jadeaba y tenía los puños crispados. Sus ojos brillaban como brasas.

—¿A qué han venido aquí? —nos dijo—. Lárguense; nadie les llamó. Esa mujer está chiflada y no sabe lo que quiere. Lo único que pasa es que tiene mucho dinero y por eso no la meten en un

manicomio. Ya lo han querido hacer, pero ella tenía más dinero y sobornó a los médicos.

Los dientes de la secretaria rechinaron.

—Ella está loca y volverá locos a todos cuantos la rodean. Su hijo anda ya medio chiflado, y en cuanto a mí...

De pronto se calló. Dióse cuenta de que había estado desahogándose con unos desconocidos y enrojeció con violencia.

—Dispénsenme —murmuró, bajando los ojos y cruzando las manos sobre el halda. Nuevamente volvía a ser la secretaria fría e impersonal que soporta estoicamente todos los caprichos de su colérico y voluble jefe—. Me dejé llevar... fue un arrebató... En realidad, la señora Marvis no ha sido nunca muy comprensiva con los demás... aunque justo es decir que tampoco los demás han tratado de comprenderla. Esto... quizá ha levantado un muro entre ella y el resto, que nadie se ha atrevido a intentar derribar siquiera... —Inspiró fuertemente y sonrió. Al hacerlo, estaba hasta guapa—. Por aquí, síganme.

Al dejarnos en nuestras respectivas habitaciones, dijo:

—La cena es a las siete y media. No es obligatoria la etiqueta —volvió a sonreír—. Entonces conocerán la fauna que alberga este «zoo».

Y después de tan esperanzadoras palabras, se marchó, dejándonos alelados.

CAPÍTULO III

Desde luego, si allí había una fauna digna de un «zoo», la casa de la señora Marvis era el edificio más indicado para albergarla.

Situada en el arrabal de Teaneck, a unos cuantos kilómetros al oeste de Nueva York, a orillas del Hackensack, su interior parecía el sueño de un arquitecto esquizofrénico. No había una sola escalera en toda la casa y para acceder a las distintas habitaciones que se distribuían en la planta y los dos pisos, todos de niveles distintos e irregulares, se utilizaban rampas, alguna de las cuales hubiera podido soportar un tanque pesado. Si no se quería perder el tiempo en las rampas, podían emplearse los diez o doce ascensores individuales, tan estrechos como ataúdes verticales, que se hallaban empotrados en el interior de los nichos practicados en unas paredes que carecían en absoluto de verticalidad y de superficies planas.

Al contemplar el interior de la mansión, uno podría haber pensado que estaba beodo, pero no era así, sino que se trataba de la casa. Y, por supuesto, los muebles estaban en consonancia. Donde uno creía encontrar un asiento, resultaba ser un bargueño, cuando no un tocadiscos. La verdad, viendo el aspecto tan conservador de la señora Marvis, no parecía posible que hubiera accedido a vivir en aquel edificio que, por otra parte, no carecía de gracia ni mérito artístico.

Al quedarnos solos, Mesalina y yo cambiamos unas cuantas palabras.

—¿Qué te parece todo esto? —pregunté.

—Valeria me ha dado mucho que pensar; ¿te has fijado? ¡Vaya una explosión de cólera!

—Por lo que parece, la señora Marvis no es muy amada de quienes le rodean.

—Ella tiene la culpa. Es una amargada crónica, Dios sabe por qué motivos, y tiene el tipo de las que gozan amargándoles la vida a

los demás.

—Nos vamos a ganar cincuenta mil, pero vamos a sudarlos. Tanto por un lado como por otro. Esa vieja —dijo irrespetuosamente—, en lugar de bastón de ébano, debiera usar un látigo de piel de rinoceronte.

—Con la lengua le basta —retrucó la chica, sonriendo—. Compadezco a los que tienen la mala suerte de vivir bajo su mismo techo.

—Nosotros estaremos pocos días. Afortunadamente.

Le había contado lo que me había sucedido el día anterior con Largssen y Kolkee. Frunció el ceño al recordarlo.

—¿De dónde habrá podido salir la información? —murmuró, muy pensativa.

—No lo sé. Pero los tipos que me atacaron, parecían estar muy enterados, del asunto. Como tú —dije intencionadamente—, acerca de ciertas peculiaridades de la herencia de Silvanus Marvis.

Me miró impasible.

—Lo leí ya hace tiempo en no sé qué revista especializada en sacar los trapos sucios de la gente gorda.

Estaba seguro de que mentía, pero lo dejé ir. La guiñé un ojo.

—Anda —dije—, arréglate; hemos de bajar a cenar dentro de media hora.

Y ya en la puerta de su habitación, me apoyé en el marco, usando la expresión número uno para la conquista de jóvenes hermosas y apetecibles.

—Oye —dije—, puesto que ya has decidido que vamos a ser marido y mujer, ¿no podrías darme un pequeño anticipo en forma de beso cariñoso?

Sonrió maliciosamente.

—Pues claro que sí, cariñín. Ven, acércate.

No sé por qué, pero siempre se cierran los ojos al besar. Ella lo sabía y se aprovechó para pegarme un mordisco en la nariz que casi me la arranca.

—¡Ay! —exclamé dolorido.

Mesalina se echó a reír y estuvo a punto de concluir su obra al cerrar bruscamente la puerta. Si no ando vivo, me machaca el apéndice nasal.

Cuando bajamos al comedor, ya había unas cuantas personas en

él, además de la dueña de la casa, la cual hizo las oportunas presentaciones acompañadas de cáusticos comentarios que levantaban ronchas en la piel.

El primero a quién saludamos fue Jerry Slake, su actual marido, un tipo estúpido de unos cincuenta y tantos años de edad y buena estatura, pero tan desgarrado, que parecía estaba hecho a trozos que en cualquier momento podían desencolarse y rodar esparcidos por el suelo. Nos saludó pronunciando algo que no entendimos ni nos importó y luego se retiró a gozar de la compañía de algo así como un cuádruple *martino*.

A Valeria ya la conocíamos. Nos miró un poco reticente y apenas dijo otra cosa que «buenas noches».

A continuación saludamos a Sócrates Skavic, uno de los tipos más extraordinarios que he visto en mi vida.

Era tan alto como delgado, con brazos como patas de araña y unos ojos negros, fosforescentes, que daban la sensación de penetrar hasta los más recónditos espacios del cerebro propio. Vestía unas huarachas mejicanas, no llevaba ninguna clase de calzado y cubría su huesudo torso con una indescriptible camisa pintada a mano en los tonos más horribles que uno pueda imaginarse. La camisa tenía un bolsillo en la parte superior por el que asomaban los cabos de media docena de lápices.

Estrechó nuestras manos con vigor insospechado en un tipo como él.

—Han tenido suerte de llegar esta noche —nos dijo, con voz que parecía salir del centro de la tierra—. Acabo de concluir mi canto épico, titulado *Poema abstracto* o *¿Pueden latir los corazones por una adelfa marchita?* y después de la cena procederé a su lectura. Tienen suerte —repitió, con la mirada brillante—; la fecha de hoy marcará un hito glorioso en la poemática ultramoderna contemporánea. Sus nombres pasarán a la posteridad, como pertenecientes al selecto grupito que escuchó por primera vez la lectura de mis poesías. ¡Qué vigor, qué expresión, qué fuerza de...!

Una voz le cortó en seco la verborrea.

—Sócrates, deja en paz a mis huéspedes —dijo la abominable a sus espaldas.

Una expresión de furor convulsionó las facciones del esqueleto andante, pero fue apenas durante una décima de segundo. Sus

delgados labios se distendieron en una amable sonrisa mientras se volvía hacia la dueña de la casa.

—Oír es obedeceros, mi señora. Vuestro indigno esclavo os suplica mil perdones por haber incurrido en vuestras justas iras — después de lo cual, caminando como lo haría un esqueleto, fue a ocupar su sitio en la mesa.

A continuación nos tocó el turno de saludar a Silvanus Marvis. Era un muchacho de agradable presencia, pero de aire hastiado y cansado de la vida. Estaba desparramado sobre algo que parecía un diván —e indudablemente lo era—, con la mejilla apoyada en una de sus manos cerradas.

No se molestó siquiera en ponerse en pie para contestar a nuestros saludos.

—Bienvenidos a esta pocilga —dijo con voz fatigada—. Extiéndanse por ahí y hagan lo que más les guste... si pueden — concluyó, mirando de reojo a su madre.

De pronto, sus ojos se animaron. Toda su laxitud desapareció súbitamente y se puso en pie como si le hubiesen pinchado con una aguja en el final de la espalda.

Mesalina y yo nos volvimos, siguiendo con la vista la mirada de Silvanus. Al instante comprendimos los motivos de su excitación.

Nuestra «víctima», Aida Laurel, acababa de aparecer por la entrada que daba acceso al comedor desde el piso superior. La individua tenía tablas y sabía lo que se hacía, de modo que se había detenido unos instantes a fin de causar sensación.

Y la causó, porque tenía motivos para ello. Era alta, muy rubia, de carnes opulentas mal envueltas en diez kilómetros de gasas de color rosa, que ondeaban y siseaban de continuo en torno a su cuerpo. Por supuesto, era hermosa o no hubiera alcanzado el éxito que obtenía como «estrella» de «burlesque», pero había un no sé qué de dureza e impiedad en su lindísimo rostro, que me desagradó bastante.

Comprendí también los motivos del odio que le tenía la dueña de la casa. Aida Laurel era mujer que sabía lo que quería y no se dejaría influenciar por nada ni por nadie con tal de conseguir lo que deseaba. Y, en aquellos momentos, su meta estaba en los doce millones que Silvanus poseería libérrimamente una semana más tarde.

Bajó por la rampa, reduciendo al mínimo los balanceos con que ordinariamente debía mover su cuerpo. Silvanus salió a su encuentro, tomándola con ambas manos y contemplándola con expresión de arrobó.

Miré hacia la abominable. Las manos de ésta se crispaban en torno al bastón de ébano, en tanto que sus ojos arrojaban lumbre. Tenía los labios blancos de tan prietos, pero, fuera de esto, no hizo el menor comentario.

Los dos enamorados se saludaron mutuamente, con un afecto no disimulado, aunque evidentemente coartado por la presencia de cuantos estábamos allí. Luego, Aída nos saludó a todos con gracia innegable.

Al mirar hacia mí, la sonrisa se borró unos segundos de sus rojos labios. Destellaron su negras pupilas —esto me dio idea de que el color de su cabello era debido a la habilidad de su peluquero—, pero casi enseguida volvió a recobrar su habitual expresión.

Marpha Marvis dio un par de golpes en el suelo con la contera de su bastón.

—Ya es hora de cenar —dijo, y se sentó en la cabecera de su mesa.

No había criados que sirvieran la comida. Los distintos manjares se hallaban ya preparados en un «buffet» situado en uno de los lados de la estancia y cada uno de los comensales cogía su plato y se servía en él según su capricho. Mesalina y yo tomamos los nuestros y fuimos hacia el mostradorcito.

Valeria sirvió la cena a la señora Marvis. Ésta fue la única excepción, porque el único que quiso intentar que la secretaria hiciera con él lo mismo, recibió una severa reprimenda. Se trataba de su esposo.

—Jerry, si quieres comer, levántate —dijo secamente la vieja—. Bastante es que tenga que mantenerte para que además te sirvan la comida.

—Claro, claro —dijo mansamente el hombre—. Dispénsame, querida; no me había dado cuenta.

—Todas las noches «no te das cuenta» —contestó Marpha con sarcasmo—. A ver cuándo demonios te enteras de una vez de que el que quiere comer en esta casa ha de ganárselo.

Coincidimos en el «buffet» con la pareja de enamorados. Aida

nos miró especulativamente a través de unas espesas pestañas pesadamente recargadas de rímel.

La mirada iba dirigida especialmente hacia mí.

—¿No nos hemos visto antes en alguna parte, señor Dix? —preguntó.

—¿Le conoces, querida? —exclamó el muchacho, sorprendido.

—Yo sí la conozco a usted, señorita Laurel —dijo galantemente—. Una artista como usted es conocida a la fuerza por millones de espectadores y me siento honradísimo con que se haya hecho realidad un viejo sueño que acariciaba hace tiempo: cruzar unas cuantas palabras con usted.

Mi disimulado ataque consiguió algunos efectos. Entre ellos, hacerla sonreír, aunque levemente.

—¿De veras me ha visto actuar, señor Dix?

—Sigo su carrera con infinita atención, señorita Laurel. Estoy suscrito a una agencia de recortes solamente porque me envía los que se refieren a usted en persona y únicamente.

—¡Vaya! —exclamó—. Nunca supe que pudiera despertar tal atracción en una persona a la cual no había conocido hasta este momento.

Los ojos de Silvanus chispearon peligrosamente. Empecé a pensar que ya era hora de abandonar el *flirt* recién iniciado.

—Envidio profundamente al hombre que ha tenido la dicha de conquistarla, señorita Laurel. ¿Me permitirá enviarla un ramo de rosas a la iglesia el día de su boda?

Aida se volvió y miró cariñosamente a su prometido.

—¿Verdad que es galante, querido? Por supuesto, lo invitaremos a la ceremonia, ¿verdad?

—Claro. Pero ahora... mejor vamos a cenar. Es ya tarde.

—Sí, es cierto. Casi lo había olvidado.

Empezamos a servirnos. Los manjares eran abundantes y variados y me puse un buen plato, lo mismo que Mesalina, que no se quedaba atrás en la cuestión de comer. Pero los dos resultamos unos parvulillos comparados con el platazo que se puso Aida.

Mesalina y yo nos miramos de consuno, sin aliento. Luego yo pensé en Aida y sus grasas al cabo de dos años de matrimonio y el pensamiento me puso los pelos de punta.

Regresamos a la mesa. Skavic era otro de los que se

aprovechaban. Podía ser un poeta sentimental, pero comía a dos carrillos. En un segundo despachó su plato y voló hacia el «buffet» a llenárselo de nuevo con una pavorosa cantidad de manjares.

Marpha Marvis soltó una sarcástica risita al ver aquello.

—Yo creía que los poetas no comían —dijo.

—Mi dulce señora —contestó el aludido, impávido ante la alusión—, es de todo punto imperativo para mi mantener en forma el intelecto. Y esto no se puede conseguir sin la ingestión de una cantidad adecuada de proteínas y otros elementos aptos para la nutrición.

—Con lo que comes tú, habría bastante para mantener un orfanato, pongo por establecimiento donde se padece hambre crónica —dijo sardónicamente la dueña de la casa.

Por primera vez intervino su marido.

—Marpha, debieras recordar que Sócrates es mi invitado.

La vieja le miró con ojos atravesados.

—¿Desde cuándo puedes permitirte el lujo de mantener un invitado, cuando tú mismo lo eres?

Jerry Slake se puso en pie, arrojando la servilleta sobre la mesa.

—Si he de estar oyendo insultos toda la noche...

—Siéntate —le dijo su esposa con glacial acento.

La atmósfera estaba empezando a cargarse, esto era evidente. Slake vaciló un instante y, tras morderse los labios, acabó por obedecer.

—Un día —murmuró Marpha tranquilamente—, os echaré a ti y a tu gorrón consuetudinario de mi casa.

—Tengo puestas todas mis esperanzas en él —repuso el señor Slake muy digno—. Ha de triunfar; es un hombre llamado a la inmortalidad por sus poemas. Lo único que necesitamos es que alguien nos financie la edición de su primer tomo. Después... las cosas rodarán por sí solas y devolveríamos el préstamo con un quince por ciento de interés.

Se inclinó hacia adelante y trató de hacerle unas carantoñas a su esposa.

—Marpha, ¿estás segura de que no quieres pasar tú también a la inmortalidad como la mujer que solventó los apuros económicos del mejor poeta del siglo xx?

—El mejor poeta, un cuerno —contestó abruptamente la dueña

de la casa—. ¿Por qué no se busca un buen empleo? En los Altos Hornos de las Consolidadas faltan paleros; allí lo acogerían con verdadero júbilo.

Skavic se envolvió en una capa de ofendida dignidad.

—Sería deprimente para mi ensuciarme las manos con otra herramienta de trabajo que no fuera la pluma, señora —dijo.

—Para ti es deprimente todo lo que no sea hacer el gandul —masculló lacónicamente la dueña de la casa. Se volvió hacia su secretaria—. Valeria, tráeme un poco más de jamón en dulce.

La chica, aturdida, se equivocó y le trajo del otro. Al darse cuenta, Marpha prorrumpió en una sarta de improperios.

—¡Estúpida y mil veces imbécil! —vociferó—. Te he dicho jamón en dulce. ¿Acaso hablo en chino?

El rostro de Valeria se puso como la grana. Marpha cogió el plato y, sin mirar hacia donde lo tiraba, lo arrojó por encima de su hombro.

Inmediatamente debajo de la rampa, pero sobresaliendo luego hacia el centro de la gran estancia, había una especie de lago artificial, de unos cuatro metros de ancho por cinco o seis de anchura, cuya profundidad era de unos veinte o veinticinco centímetros y en el que sobrenadaban unas cuantas plantas acuáticas. El plato voló por los aires y cayó en el agua con seco chasquido.

Entonces intervino el muchacho:

—¡Mamá! —exclamó muy enojado, sin hacer caso de los tirones de manga que le daba la artista—. ¿Olvidas que Valeria es una persona?

—Está a mi servicio, si es eso lo que te interesa. Y si no quieres oírme, lárgate de aquí. Y esa pécora que te acompaña, también puede irse.

Las palabras de la colérica vieja provocaron un tenso silencio en la estancia, roto únicamente por el ruidoso deglutir del poetastro, a quién se le daba una higa de todo lo que sucedía, con tal de poder comer.

Los puños de Silvanus se crisparon.

—Sólo podrás insultar a Aída durante una semana más, mamá —dijo—. Pasado ese plazo nos casaremos y saldremos de esta casa para siempre.

—¿Y por qué no se marcha ahora mismo? —rió estridentemente la vieja—. Claro que no le interesa; están tus millones de por medio, ¿no es cierto? Valeria, atontada, ¿qué haces que no me traes el jamón?

—Sí, señora, al momento.

Mesalina y yo nos miramos. Realmente, la definición de Valeria no había podido ser más acertada. Aquella casa era la jaula de un «zoo» donde se hubieran mezclado unas cuantas fieras caprichosamente.

Pero ahora le tocaba el turno de las respuestas a la propia artista. Y utilizó el tono más dulce que pudo emplear.

—Señora Marvis, olvida usted un detalle: que yo me caso con su hijo por amor al mismo y no por su dinero. Ojalá no lo tuviera, porque entonces podría desarrollar plenamente sus facultades artísticas, cosa que usted le impide teniéndolo atado a la pata de la mesa con una cadena de oro.

Inspiró fuertemente y al hacerlo temí que su poderoso busto rasgara las gasas que lo cubrían. Levantó el brazo izquierdo en ademán declamatorio.

—Mire esta casa. Él la planeó y la construyó. Es una obra de arte de la arquitectura moderna. Ni Le Corbusier, ni Lloyd Wright ni Gaudí hubieran sido capaces de crear una obra como ésta, sin ángulos ni esquinas ni casi desniveles, hecha exclusivamente para la función de su habitabilidad. Silvanus es un genio y usted le tiene cortadas las alas. Pero dentro de una semana le nacerán de nuevo y volará solo, conmigo, hacía lugares que le entiendan y le sepan comprender. Se hará famoso, no como el heredero de las Consolidadas Marvis, sino como Silvanus Marvis, el mejor arquitecto de nuestra era. Eso es lo que yo quiero para mí y no sus cochinos doce millones, que no han hecho otra cosa que causarme disgustos desde que lo conocí.

Y apenas pronunciadas estas palabras, Aida se puso en pie y, tapándose un ojo con la punta de sus velos flotantes, echó a correr hacia su habitación.

Silvanus se puso en pie, mirando a su madre airadamente.

—Esto no te lo perdonaré nunca, mamá —dijo, ceñudo; y acto seguido echó a correr también—. ¡Aida! ¡Aida! ¡Espérame!

Por unos momentos la señora Marvis se quedó encogida en su

asiento, en tanto que yo procuraba recobrar me de la sorpresa recibida, no tanto por el magnífico discurso de la opulenta rubia, como por el conocimiento adquirido acerca de las habilidades artísticas y arquitectónicas de Silvanus, que, a juzgar por lo que estaba viendo, éstas sí eran genuinas y no simuladas como las poéticas de Skavic.

Pero la vieja no tardó mucho en reponerse. Se encogió de hombros y soltó una risita sarcástica.

—¡Bah! ¡Tonterías! A Silvanus no le hace falta trabajar para comer... y esa individua lo único que quiere es su dinero. La arquitectura le importa un rábano... lo mismo que a mí.

—Entonces —dije, inclinándome hacia adelante—, ¿cómo permitió usted que Silvanus construyera esta maravilla de edificio?

—Estaba aburrido —replicó la vieja con garrulería—, y en algo había de distraerse, ¿verdad?

Miré en torno mío con verdadero asombro. ¡Santo Dios! ¡Vaya una distracción que había costado, al menos, tres o cuatrocientos mil dólares!

La abominable se puso en pie.

—Valeria, acompáñame hasta mi cuarto.

—Sí, señora.

Los malignos ojillos de la vieja miraron a Skavic con perversidad.

—Toma luego un poco de bicarbonato, poeta —dijo—; al igual que lo que estás comiendo, también es gratis. Adiós, tú —concluyó, dirigiéndose a su marido.

A nosotros ni nos miró siquiera.

CAPÍTULO IV

Cuando todo estuvo en silencio en la mansión, me puse una bata y subrepticamente salí de mi dormitorio, dirigiéndome al de Mesalina.

Toqué suavemente con los nudillos, procurando hacer el menor ruido. Al cabo de unos segundos de espera se abrió una rendija.

—¿Eres tú, Tibby? —dijo.

Me puse un dedo en los labios, indicándole silencio. Después dije:

—Déjame pasar, nena; quiero hablar contigo.

Frunció el ceño, pero abrió la puerta.

—Cierra —dijo, volviéndose de espaldas a mí para abrocharse la bata. Luego volvióse, anudóse el cordón y me miró con desagrado —: Éstas no son horas de entrar en la habitación de una doncella de honestas costumbres, Tibby, pese a que pueda llevar un nombre que...

—¡Oh!, ¿quieres callarte ya? No he venido a conquistarte; ¿acaso no lo has hecho ya tú por mí? Lo que quiero es un intercambio de ideas, espero sepas comprenderme.

Fue hacia una mesita y sacó cigarrillos de una cajita, ofreciéndome uno. Los encendimos y durante unos segundos fumamos en silencio.

—Quieres que te dé mi opinión acerca de lo que he visto y oído durante esta noche, ¿verdad?

—Sí, preciosa —dijo, exhalando el humo.

Se paseó por la estancia muy concentrada en sí misma.

—Por lo que veo, todos se odian mutuamente, excepto, quizá el hijo y la madre y el hijo de la artista. Pero la madre no puede ver a ésta y viceversa.

—Pues la vieja no ha sido parca en zaherir a Silvanus —objeté.

—Tú nunca entenderás a las mujeres —dijo la chica,

deteniéndose ante mí—. Marpha Marvis quiere a Silvanus, pero el suyo es un amor maternal demasiado obsesivo e individualista, que no quiere resignarse a ser compartido con otra persona y aun postergado por ésta. Por eso trata a Silvanus de esta manera, para ver si así logra separar a la pareja con sus continuos dardos.

—Pues ésa no es la mejor manera de actuar —murmuré yo—. No se puede llevar a un obstinado al norte cuando él quiere ir al sur. Se le empuja hacia el sur y entonces el terco va solito al norte. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, chico. Mereces la fama que te has ganado. Y en mi opinión, eso es lo que debiera hacer la vieja: empujar a Silvanus hacia la rubia. Silvanus también tiene lo suyo en cuestión de testarudez, aunque no lo parezca. Yo creo que a última hora, se casará con Aida sólo para darle un badilazo en los nudillos a su madre.

—Pues eso es precisamente lo que tenemos que evitar nosotros. ¿Tú crees —pregunté tras una corta pausa—, que el chico padece un complejo de Edipo?

Mesalina sacudió la cabeza.

—En absoluto. A mi entender, él quiere a su madre, a su modo, naturalmente. Pero no le gusta ser considerado cual un chiquillo cuando lo cierto es que es ya un hombre hecho y derecho y con grandes posibilidades además, de ser famoso como arquitecto. La construcción de esta casa lo demuestra.

Miré en torno mío, estudiando detenidamente la habitación. Ésta daba a uno de los ángulos de la casa, ángulo que, naturalmente, no existía estrictamente con tal figura geométrica y que había sido sustituido por una originalísima ventana formada por tres ovoides combinados de manera tan hábil como artística.

—No entiendo mucho de estas cosas —dije—, pero el muchacho tiene madera.

—Marpha Marvis es demasiado absorbente con todos cuantos la rodean. Tiene una personalidad demasiado acusada para no sobresalir en cualquier aspecto. En realidad, ella es quien gobierna las Consolidadas y el solo pensar que ahora perderá el control de la Empresa la pone enferma, más aún que el propio matrimonio de Silvanus con la Laurel.

—A propósito de la artista. Yo estaré aquí un par de días más —

dije—. Luego, con cualquier pretexto, volveré a Nueva York para hacer indagaciones que me permitan encontrar sus trapitos sucios y así desarmarla —suspiré—. La verdad es que estamos haciendo una guarrada, Mesalina.

—Son cincuenta mil dólares, cariñito —dijo ella—. Lo demás no me importa.

—Te pasa igual que a mí —repuse, mirándola fijamente—. En oliendo el dinero, perdemos nuestro propio respeto.

Mesalina no se inmutó siquiera.

—Aida sostiene que se casa con Silvanus por él mismo, pero miente como una bellaca. Estoy segura de que el discursito que nos ha endilgado en la cena —y que, bromas aparte, ha sido una pieza maestra de la oratoria—, lo tenía estudiado y ensayado de antemano. A Silvanus se le caía la baba oyéndola. Lo estuve mirando mientras ella hablaba, y no respiraba tan siquiera.

—Sí, claro; la chica no es tonta. Esa cualidad hay que reconocérsela al menos.

—¿Y de los demás?, ¿qué opinas? —pregunté de repente—. Del marido de la abominable, por ejemplo.

—¡Hum! Es un tipo acomodaticio. Con tal de llenar la tripa, lo demás le importa un rábano. Lo que yo me pregunto es: ¿Cómo conseguiría conquistar a la vieja?

—Marpha Marvis no es mujer a quién le guste estar sola, pudiendo tener alguien a su lado. Se casó con Jerry Slake cuando Silvanus estaba haciendo sus estudios de arquitectura en Columbia.

—¿Y el poeta?

—Un modo como otro cualquiera, para Slake, de demostrar que aún es el marido. Lo invitó sólo para darle en los dientes a Marpha, sin advertir que, en realidad, a ella le importa un pepino que se traiga uno o diez invitados. Egoísta y acaparadora lo será, pero no avara. Al menos para mantener y vestir a la gente, aunque la cosa varía un tanto si tiene que dar dinero para suministrarles sus diversiones.

—Queda Valeria, la secretaria y mujer para todo de Marpha.

Mesalina se encogió de hombros.

—Una buena chica sin dinero, que soporta todo esto por no morirse de hambre. El estómago no admite sentimentalismos, querido.

—Pero la odia.

—¿Y no la odiarías tú en su lugar?

Aplasté la colilla contra el cenicero.

—Creí —dije lentamente—, que tendría un poco más de dignidad.

—La dignidad se va al infierno cuando uno no tiene qué comer, Tibby.

—Nosotros —murmuré, meneando la cabeza—, la estamos enviando allí por cincuenta mil dólares.

Mesalina agitó una mano.

—¡Bah! Aida no es de las que lloran cuando les sucede algo como lo que le espera. Se consuelan enseguida... con algún petrolero tejano de los que vienen a divertirse en Nueva York. Y ella tiene tipo, figura y labia para meterse en el bolsillo a un tipo de éstos antes de que el interesado se haya dado cuenta tan siquiera.

—No estés muy seguro de ella. Aida es una chica tan tozuda como lo pueda ser la señora Marvis y si se ha empeñado en casarse con Silvanus...

Me interrumpí de repente. Mesalina quiso hablarme, pero se lo impedí por el expeditivo procedimiento de taparle la boca con ambas manos.

La chica me miró con ojos muy abiertos, en tanto que los míos se clavaban en la puerta del dormitorio.

Solté a Mesalina y caminé de puntillas hasta la puerta. Apagué la luz, haciendo señas a Mesalina de que apagara la de la cabecera de su lecho.

Entonces abrí la puerta con brusquedad y salí al pasillo que se deslizaba en una rampa serpenteante hacia abajo, bifurcándose luego en dos ramas. La una conducía a otra serie de habitaciones, en tanto que la otra daba al comedor.

Una silueta negra corría hacia allí, haciendo volar los faldones de su bata. Inmediatamente me lancé en su persecución, sin hacer el menor ruido gracias a las zapatillas de esponja de goma que calzaba.

En cuatro zancadas llegué a la bifurcación. El singular corredor estaba sumido en una semipenumbra, que apenas permitía ver las cosas; y por supuesto, la visión del o de la fugitiva, porque no había podido determinar el sexo de la persona que nos había estado

espiando, había sido tan breve que no había podido averiguar qué camino había tomado.

Pensé que, lógicamente, debía haber tirado por el corredor para esconderse en alguna de las habitaciones. Seguí por aquel camino, que ahora ascendía sinuosamente —cada curva una habitación—, y de repente me encontré una puerta entreabierta.

Era preciso fijarse mucho para advertirlo, pero la rendija existía. De puntillas, me acerqué a la puerta y agachándome ligeramente, apliqué el oído a la madera, sin moverla de su actual posición.

Casi estuve a punto de chillar de alegría. Al otro lado de la puerta se percibía claramente una respiración muy agitada, perteneciente sin duda a la de la persona que había huido al darnos cuenta de su espionaje.

Pero entonces ocurrió algo inesperado. La puerta se abrió de repente.

Quise enderezarme para ponerme a la defensiva. Una oscura silueta se alzaba ante mí, amenazándome con algo que brillaba ominosamente en su mano.

No tuve tiempo de hacer el menor gesto. Una cosa muy dura y compacta cayó sobre mi frente, causándome la sensación de que me la partía en mil pedazos. Empecé a caer hacia adelante, sin poder remediarlo.



Empecé a caer hacia adelante

El segundo golpe en la nuca acabó por quitarme el poco conocimiento que aún me quedaba.

Desperté en mi lecho, ya bien entrado el día. Abrí los ojos y con ellos las compuertas del dolor.

Recordé inmediatamente lo sucedido la noche anterior y me asombró enormemente hallarme en mi cama, bien arropado, como si no me hubiera sucedido nada.

Pero el dolor que sentía y que, empezando en la frente, me atravesaba el cráneo hasta la nuca, era hartó real. Tambaleándome, me dirigí al cuarto de baño, metiéndome acto seguido bajo la ducha.

El agua fría y un par de aspirinas, obraron maravillas en mi maltrecha cabeza. Gracias a ello pude estabilizar un poco mis ideas.

Me vestí con unos pantalones claros, unas sandalias de una sola tira y una explosiva camisa azul. Estaba terminando de hacerlo cuando de pronto sonó una voz:

—El desayuno se servirá dentro de cinco minutos en el jardín posterior.

En el acto miré bajo la cama. Allí no había nadie. Pero no tardé en caer en la cuenta de que la voz había brotado de un megáfono disimulado en Dios sabía qué misterioso recoveco de aquellas paredes sin una sola recta. Un súbito pensamiento me cubrió de repente el cuerpo de sudor. Y, bueno, puesto que lo mismo había altavoces emisores de sonido, ¿no podía haber también micrófonos receptores del mismo? ¿Qué sucedería si nos habían oído a Mesalina y a mí...? porque era lógico suponer que su habitación estaría dotada del mismo confort que la mía.

Meneando la cabeza con más pesimismo del lógico, salí de la estancia.

Al cruzar el umbral vi a la chica que hacía lo mismo.

Tenía muy mala cara y se lo dije en el acto.

—¿Qué cara quieres que tenga? —refunfuñó—. Anoche, después de haberte ido tú, me golpearon en la nuca con un objeto contundente. No me he despertado hasta hace diez minutos.

—Entonces —dije, con infinita sorpresa—, ¿no fuiste tú la que me llevó hasta mi habitación?

—¿Cómo voy a hacerlo si desde el momento en que te fuiste hasta que me atizaron pasaron apenas treinta segundos escasos?

—¿Viste a tu agresor?

—Debió atacarme por detrás. Estaba mirando hacia la bifurcación de los corredores. Súbitamente... bueno —dijo con amargura—, ¿para qué voy a contártelo, si tú conoces tan bien

como yo las consecuencias de un estacazo en plena sesera?

—En mi caso fueron dos —murmuré sombríamente—. De vez en cuando, aún me suelta cada latigazo que...

Pero ya habíamos salido al jardín posterior, en donde, al borde de la piscina, de forma irregular y por supuesto curva, había varias mesitas con sus correspondientes servicios.

Saludamos a los que estaban presentes, advirtiendo que faltaba el arquitecto. Oímos al poeta que se quejaba de la tardanza en servir el desayuno.

—¿Cómo quieren que mi mente vuele libremente por las etéreas regiones de la poesía si me torturan por el hambre? —decía a voz en cuello.

La mirada que le arrojó la señora Marvis hubiera congelado a un esquimal, pero es que Sócrates era un tipo capaz de constipar a una foca en el Polo. Siguió lamentándose, como si fuera el dueño de la casa, beatíficamente contemplado por el marido de la abominable.

Valeria estaba sentada junto a ésta. Me extrañó que no anduviera sirviéndola el desayuno. Dos minutos más tarde tendría la explicación.

Noté que Aida estaba sola, en una mesita situada junto al mismo borde de la piscina.

En voz baja, dije a Mesalina:

—Voy a tantear el terreno, guapa. Quédate aquí y cuando venga Silvanus, procura echarle el guante.

—O. K., detective. Suerte.

—Gracias.

Eché a andar y me senté con toda frescura frente a la artista, la cual vestía una simple blusa de nilón, que no alcanzaba a ocultar del todo sus encantos y unos pantalones rojos que parecían pintados a pistola sobre sus caderas. Me miró —supongo—, a través de unas gafas negras tan grandes como la piscina y tan impenetrables como un blindaje antirradiactivo.

—Lárguese, fisgón —fue el primer saludo que me espetó.

Su estocada me hizo estremecer, pero procuré sujetar los nervios.

—No la entiendo, señorita Laurel. ¿Es ésta la forma de saludar por la mañana a los buenos amigos?

Hablaba en voz baja, pero su acento era cortante, incisivo.

—Los buenos amigos como usted estarían mejor moliendo piedra para el ferrocarril —respondió—. Váyase antes de que se lo diga de otra manera.

Traté de hacerme el desentendido.

—La verdad, no comprendo por qué me trata así. Anoche le dije...

—Ya sé lo que me dijo anoche y yo le diré ahora lo que no le pude decir porque nos hubiera oído todo el mundo. Usted y esa desvergonzada rubia que le acompaña, son dos detectives contratados para deshacer mi boda con Silvanus. Están dispuestos a hacer cualquier cosa para conseguir los cincuenta mil que les ha prometido esa vieja bruja; pero, a mi vez, yo estoy dispuesta a hacer lo que sea preciso para que nadie me impida casarme con Silvanus.

Hizo una pausa, durante la cual inspiró, haciendo que su espléndido busto abombara la tela de su camisa.

—Llegaría hasta el asesinato si fuera preciso —dijo, sonriendo angelicalmente, lo mismo que mientras me largaba la anterior parrafada.

Pero si su rostro expresaba suma complacencia, lo cual podía engañar a los espectadores que no oían el diálogo, su voz era dinamita pura. Y esto no me engañaba a mí.

En consecuencia, decidí dejar de lado todo disimulo. Y, mientras que con el rabillo del ojo veía a un criado, vestido con blanca chaquetilla, servir los desayunos, dije:

—Está usted muy bien enterada de las cosas, señorita Laurel.

—Tengo motivos para estarlo, puerco fisgón.

—Lo sé. Y también puedo decirla que ha pasado ya al contraataque, antes de que nosotros hayamos soñado siquiera en atacarla. Pero no se apure, hermana; en la vida de una mujer como usted hay los suficientes puntos oscuros como para estorbarle el usufructo de esos doce millones que usted está tocando ya con la mano. Y lo haremos, preciosa; si usted tiene amigos, ni la rubia ni yo somos mancos.

Dicho lo cual, me puse en pie, girando sobre mí mismo en el momento en que el criado venía hacia nuestra mesa. Me quedé de piedra al verlo, porque no era otro que Kolkee.

El individuo no se inmutó siquiera al reconocerme. Con la más servil de sus sonrisas, dijo:

—El señor querrá sin duda el desayuno junto con la señorita Laurel.

—Gracias, pero no estoy seguro de que me siente bien. Cuando termine con ella, sírvamelo en aquella mesa —y se la señalé.

Kolkee inclinó levemente la cabeza.

—El señor será servido —dijo; y continuó su camino.

Procurando dominar la excitación que me había invadido, me senté junto a mi ayudante.

—¿Qué tal te ha ido, Tibby? —preguntó.

—Fatal. Sabe todo. Ha dicho que es capaz de asesinarlos si seguimos adelante.

Mesalina no se inmutó siquiera. Se limitó a inquirir:

—¿Quién se lo habrá dicho?

—No lo sé, pero de una cosa estoy seguro: de que lo hará si no nos largamos cuanto antes de aquí.

La rubia me miró sorprendida en extremo.

—¡Tibby! ¿No estarás hablando en serio, verdad?

—Escucha —dije en tono bajo—, ¿ves a ese gorila que sirve los desayunos?

—Sí. Es muy educado y tiene muy buenas maneras.

—Pues tendrías que verle detrás de un revólver. Ése es uno de los dos tipos que fueron a mi despacho a amenazarme, como te conté al día siguiente; es decir, ayer.

Era formidable el dominio que tenía la chica sobre sus nervios. Ni un solo músculo de sus facciones se movió.

—¿Estás seguro de ello, Tibby? ¿No te habrán dañado los golpes de anoche?

—¡Cuernos! —rezongué—. Te digo que es la pura verdad. Aida sabe lo que se trae entre manos y ha decidido anticiparse a nuestras intenciones.

—¿Qué vas a hacer, pues, Tibby?

No pude contestarle; Kolkee estaba ya encima de nosotros.

—¿Té o café, señor? —preguntó.

—Café —dije secamente.

El pandillero me sirvió con maestría digna de ser empleada en el «Astoria», sin derramar ni una sola gota sobre el mantel.

—¿Crema, nata... leche, señor?

—Nada gracias. Puede retirarse.

—A sus órdenes, señor.

Cuando de nuevo volvimos a quedarnos solos, Mesalina me miró. La risa le bailaba en los ojos, a pesar de que su semblante aparecía muy serio.

—No hay duda de que ese tipo te ha tomado las medidas —dijo.

—Luego se las tomaré yo a él. Ya lo verás.

Después de desayunar y tras negarme rotundamente a contestar a las preguntas de la rubia, me fui a mi habitación, con el pretexto de cambiarme de ropa. Pero los verdaderos motivos eran muy otros.

Desenterré la pistola y, tirando del cerrojo, metí una bala en la recámara. Kolkee iba a hablar, ya lo creo que hablaría.

Fui hacia la mesita de noche, donde había un teléfono y comuniqué con la cocina. Me contestó una voz femenina.

—¿Quiere enviarme al criado que nos sirvió el desayuno? Soy el señor Dix y desearía encomendarle el planchado de un traje.

—Al momento, señor.

Esperé. Pasaron diez minutos, sin que el tipo hubiese aparecido. Encendí un cigarrillo y lo consumí, con lo que el tiempo se dobló. Lo tiré al suelo, pisoteándolo rabioso.

Volví a llamar a la cocina.

—Pero, señor —me respondieron—, ¡eso no es posible! Hace ya más de un cuarto de hora que le dimos el recado. Tiene que haber subido, señor Dix.

Maldije por lo bajo, en tanto que colgaba el teléfono. Entonces, cruzando la habitación a grandes zancadas, me dirigí al ascensor que había frente a la puerta de mi habitación y, oprimiendo el pulsador, hice que la puerta se descorriera.

Al terminar de deslizarse la puerta a un lado, vi a Kolkee. Y entonces comprendí los motivos de su tardanza. Aquel tipo ya no contestaría a mis preguntas, ni a las de ningún otro, hasta el día del juicio final.

CAPÍTULO V

Los ojos de Kolkee expresaban claramente el horror de la muerte que le había alcanzado de modo tan súbito. La boca abierta se le había congelado en el supremo intento de lanzar un grito que no había llegado a brotar de su ya muda garganta.

Todo esto lo vi en un instante, porque, apenas abierta la puerta, el cadáver se me cayó encima y tuve que aguantarlo con ambos brazos para que no cayera al suelo. Ya he dicho antes cómo eran los ascensores en la mansión, pero nunca se me alcanzó que en realidad pudiera tener una utilización efectiva como tales ataúdes. Para Kolkee había servido uno de ellos de féretro, aunque incidentalmente estuviese ya fuera del mismo.

Depositó su cuerpo suavemente en el suelo, extrañándome no ver en él ninguna señal de violencia. No había sido estrangulado, ni acuchillado ni baleado, ni tampoco golpeado. ¿Cómo diablos, pues, lo habían liquidado?

Volví el cuerpo hacia arriba y entonces hice un descubrimiento que me dejó estupefacto. Tenía sobre su pecho el medallón de marfil y gemas de la señora Marvis del que ya he dicho medía más de diez centímetros de ancho y era realmente una joya esplendente.

Pero ahora no era un objeto de adorno muy valioso, sino un arma mortífera; cosa que pude comprobar unos segundos más tarde, al tomarlo entre mis dedos. El medallón se sujetaba a la ropa por medio de una aguja casi tan larga como sus dimensiones y esta aguja había penetrado profundamente en el cuerpo de Kolkee hasta alcanzarle el corazón.

De modo maquinal, limpié la ensangrentada aguja en sus ropas, guardándome luego el camafeo en el bolsillo. Lo primero que se me ocurrió fue: ¿Había sido Marpha Marvis la autora del crimen?

Abrí la chaquetilla blanca del muerto y luego la camisa. Vi el diminuto orificio causado por la perforación de la aguja, por el que

apenas si habían brotado dos o tres gotitas de sangre... Tampoco habría habido demasiada hemorragia en el interior; pero, por supuesto, la penetración de la aguja habría paralizado la acción muscular del corazón, y con ello la vida del pandillero.

Durante unos momentos, permanecí allí, quieto, irresoluto sin saber qué hacer. Reexpedir el cadáver para abajo no me parecía lo más conveniente, porque se descubriría su muerte de inmediato. Y esconderlo... también resultaba bastante arriesgado, porque podían tomarme como encubridor si no cómplice del asesinato, porque era un asesinato, no cabía la menor duda.

El murmullo de unas voces que se acercaban me hizo tomar una decisión. Agarré al muerto por bajo de los brazos y lo arrastré, metiéndolo en mi habitación. Cerré la puerta con llave y luego abrí la del armario ropero.

Coloqué allí el cadáver, cubriéndolo con una de las mantas que había por si los huéspedes necesitaban más ropa en el lecho. Kolkee quedó allí sentado, con el costado izquierdo apoyado en la pared, de tal modo que a primera vista parecía un bulto de ropa.

Cerré el armario y fui hacia la mesilla. Cogí la pistola, metiéndola en la funda axilar, que luego coloqué en mi hombro izquierdo. Después de lo sucedido, no pensaba dejar el arma abandonada ni un solo instante.

Oculté la pistola con la chaqueta y acto seguido levanté el teléfono.

—Sí, ¿señor Dix?

—Tenga la bondad de decir a la señorita Glavell que suba a mi habitación. Es muy urgente.

—Al momento, señor Dix.

No se veía apenas a los servidores de la casa, pero no cabía la menor duda de que eran muy eficientes.

Encendí un cigarrillo, fumando nerviosamente, en tanto esperaba la llegada de la muchacha. ¿Por qué tardaba tanto?

Súbitamente, un agudísimo chillido hendió la atmósfera. Creo que hasta los cristales de las ventanas vibraron con aquel alarido.

Tiré el cigarrillo al suelo, con los nervios a punto de estallar, plantado en mitad de la habitación. Esperé un segundo más.

El chillido volvió a repetirse, más agudo aún que la vez anterior. Parecía brotar de una garganta femenina. ¿Mesalina?

Ya no vacilé; arranqué a correr desde el centro de la habitación y tiré del pomo de la puerta, quedándome con él en la mano.

Maldije profusamente mi olvido. La puerta estaba cerrada con llave y la excitación me hizo perder unos preciosos segundos. Al fin conseguí abrirla y salí disparado por la rampa.

Llegué a la bifurcación de los corredores y tomé por el que conducía al comedor. Acelaré aún más mi marcha.

Al salir del pasillo y dar vista al comedor, una persona se cruzó conmigo. Vagamente entreví que era el poetaastro, el cual estaba comiendo un enorme bocadillo de jamón con toda tranquilidad.

El bocadillo voló por un lado y Skavic por otro al recibir mi empujón. Y yo, como consecuencia del fenomenal choque, trastabillé, perdiendo el equilibrio.

Traté de mantener mi estabilidad, abriendo mucho los brazos, pero ya no había remedio para mi caída. Lo hice de costadillo, sin perder ni un solo kilográmetro del impulso que animaba mi carrera. Rodé un par de veces por la rampa, pero lo hice hacia afuera.

El diminuto lago artificial que había bajo la sinuosa pendiente apareció ante mis ojos, en tanto descendía hacia él con vertiginosa rapidez.

¡Plaf! hice al chocar de plano contra el agua, levantando una catarata de espuma.

De no haber sido por aquellos veinticinco centímetros de agua, quizá lo hubiera pasado mal al caer desde casi tres metros de altura. Pero, aunque poco, el líquido amortiguó mi caída, teniendo en cuenta además que lo hice de bruce, con manos y piernas completamente, extendidos.

Durante unos segundos, permanecí atentado, casi cubierto por el agua, y las plantas acuáticas que en ella crecían. Luego, reaccionando, me dije que lo primero que debía hacer era sacar la nariz al aire para poder continuar respirando.

Alguien chilló histéricamente detrás de mí. Con los ojos llenos aún de agua capté la visión de una mujer que me estaba mirando desde el otro lado del borde de cemento de la pileta.

—Hola —dije, haciendo una mueca—. ¿Gracioso, verdad?

Aida Laurel estaba tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en el reborde del laguito. Sus ojos me contemplaban fijamente.

—Le ha gustado tanto el espectáculo que se tumbó para verlo

más de cerca, ¿eh?

Entonces fue cuando sonó un chillido que me destrozó los tímpanos.

—¡Está muerta, está muerta! —Oí a Valeria.

—¿Quién diablos está muerta? —rugí, de modo innecesario, porque aquella fijeza en la mirada de la Laurel solo podía obedecer a una causa.

Me puse en pie lentamente, olvidado por completo de que estaba chorreando agua. Contemplé como un estúpido el tendido cuerpo de la artista, bajo cuya cabeza se extendía lentamente un siniestro reguero de color escarlata.

Oí pasos precipitados. La gente empezaba a acudir al lugar del suceso.

Sonó un bramido de cólera. Silvanus Marvis se arrojó sobre el cuerpo de Aida, llamándola desesperadamente. Un poco más allá, Valeria se metía los puños en la boca para no volver a gritar.

En cuanto a Mesalina, estaba atendiendo a la dueña de la casa que, muy pálida, había perdido por primera vez quizá su frialdad habitual y se había dejado caer en un sillón. Me fijé en su garganta; por supuesto, no llevaba el medallón.

¡Cielos, pensé, dos muertos en menos de media hora! Al aceptar el encargo de deshacer la boda, había calculado muchos inconvenientes, y después de la visita de «Cebollas» y el difunto Kolkee, incluso un atentado contra mi integridad personal, pero nunca dos asesinatos en tan breve espacio de tiempo.

Jerry Slake acudió también al escuchar el barullo y para entonces se atizó un trago de a litro. Entonces fue cuando mis ojos atónitos repararon en algo que no se habían fijado hasta entonces.

Era lógico que no lo hubiese visto, porque estaba al otro lado del cuerpo de Aida. Y se trataba nada menos que del bastón de ébano, con cuyo pesado puño se había quebrado el cráneo de la cantante, produciéndole la muerte instantánea. Aún se veían adheridas sobre él algunos cabellos ensangrentados.

Miré con estupor a la vieja. ¿Sería posible que, en su ciega cólera, hubiese golpeado a la Laurel hasta matarla?

En aquel momento, Silvanus se puso en pie. Sus ojos enrojecidos por el llanto miraron enloquecidos en torno suyo.

—¿Quién? —aulló—. ¿Quién la ha matado?

El más absoluto silencio contestó a su apelación.

Sólo fue después de unos segundos que la dueña de la casa supo reaccionar.

—¡Silvanus, hijo mío! —Y extendió los brazos hacia él.

El muchacho hizo rechinar los dientes.

—¿Has sido tú, mamá?

—¡No! —gritó Valeria—. ¡Ella no ha podido ser! ¡Estuvo conmigo toda la mañana! ¡No nos hemos separado ni un instante, te lo juro, Silvanus!

—Entonces —se agachó y recogió el bastón—, ¿de quién diablos es esto, vamos a ver? Mírenlo; todavía está manchado con su sangre... Madre, júrame que no fuiste tú... no podría mirarte a la cara si lo hiciste para no verme casado con ella.

Las lágrimas empezaron a fluir por el rostro de la abominable, demostrándome con ello que su corazón era menos duro de lo que parecía.

—Silvanus, hijo, te aseguro que...

En aquel momento, hizo su entrada alguien a quién momentáneamente habíamos olvidado. El inefable revolucionador del arte poético.

Habló con la boca llena. Por lo visto se necesitaba algo así como una bomba atómica para acabar con su apetito.

—He llamado a la policía —farfulló—. Me han dicho que no toquemos nada y que dentro de quince minutos a más tardar estarán aquí.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué...? —aullé, yéndome hacia él.

Antes de que pudiera escabullírseme, le cogí por la camisa, izándolo casi en vilo.

—¡Maldito imbécil! ¿Quién diablos le mandó meterse donde no le llaman?

Su rostro se volvió del color de la ceniza.

—Yo... creí... Lo hice con la mejor intención del mundo...

—Sí, y ahora acaba de estropearlo redondamente. Alguien ha matado a Aida Laurel, de modo que aparezca la señora Marvis como la asesina. Y usted, sin detenerse a pensar siquiera...

Le solté. Y como ya estaba furioso, descargué en él mi ira, volviéndole el rostro del revés con una monumental bofetada que le

hizo caer en la pileta con las piernas por alto.

Me volví hacia Silvanus.

—Su madre será acusada del homicidio en primer grado —dije—. Esto comporta la pena de muerte; sin embargo, estoy seguro de que es la víctima de una conspiración.

—¿Us... usted cree? —balbuceó el muchacho.

—Estoy seguro de ello. Pero no voy a dejar que la metan en la cárcel, donde no tendría medios para defenderse.

—¿Qué es lo que va a hacer con ella?

—Lo verán dentro de diez minutos. ¡Señorita Really!

—Dígame, señor Dix.

—Salga al garaje y prepáreme el mejor coche que pueda encontrar. Aprisa; no conviene perder un solo minuto. Si viene la policía antes de que nos hayamos ido, lo pasaremos muy mal.

Y al decir esto, yo pensaba en el fiambre de Kolkee que estaba en mi armario ropero.

—Voy a cambiarme de ropa. Tardaré cinco minutos. Esté preparada para entonces, señora Marvis.

La anciana no tenía fuerzas para contestar. Miré a mi ayudante.

—Cuídate tú de ella, Mesalina.

Eché a correr por la rampa, llegando a mi dormitorio en unos segundos. Abrí el armario y saqué un traje seco, así como zapatos y calcetines. Busqué en los cajones correspondientes una camisa y empecé a cambiarme de ropa.

Estaba a mitad de la operación, cuando me di cuenta de que allí faltaba algo.

Miré en torno mío. Por el momento, no alcanzaba a encontrar lo que estaba echando de menos. Allí debía haber algo que no estaba...

Súbitamente, una oleada de frío afloró a mi piel, de la cabeza a los pies.

¡Faltaba el cadáver de Kolkee!

Tragando saliva, volví a mirar dentro del armario. Revolví las mantas de repuesto, miré bajo la cama, en el baño... ¡No estaba en ningún sitio!

Los dientes empezaron a teclearme unos con otros.

No sé si se me pusieron o no los pelos de punta, pero si en aquella ocasión no lo hicieron, ya no me sucederá más en la vida.

Pero no podía entretenerme mucho buscando un cadáver que no aparecía. Lo urgente era llevarme de allí a la Marvis, conque terminé mi vestimenta y arreeé hacia abajo.

Salí al jardín, sin pensármelo dos veces. La vieja estaba ya sentada en el asiento delantero de un «Cadillac 50», anticuado, pero sólido y en magnífico estado de conservación. Me puse tras el volante.

Alcancé a ver tras las ventanas a Jerry Slake y al poetastro, mirándonos con infinita curiosidad. En cuanto a Silvanus, debía estar llorando junto al cadáver de su amada.

Valeria se apartó a un lado cuando se me acercó Mesalina.

—Cuídate, Tiberio —me dijo, mirándome a lo hondo de los ojos.

Apreté suavemente su mano.

—En cuanto se enteren de que me he largado con la presunta asesina, bloquearán mi teléfono.

—Me lo supongo —contestó. En medio de todo, era inteligente —. ¿Cómo haremos para entrar en contacto, Tibby?

Medité unos segundos. Al fin, hallé la solución.

—¡Ya está! —exclamé—. Llama al «Antonio's».

—¡Magnífico! ¡Ha sido una excelente idea! —dijo con los ojos brillantes. Se inclinó hacia mí y me rozó los labios suavemente con los suyos—. Y tú serás un excelente marido, queridito.

—Eso es lo que tú te crees —rezongué, pero ella ya no lo oyó, porque el motor ya roncaba.

Levanté la voz para hacerme oír.

—¡Agárrese fuerte, señora Marvis! ¡Y no me hable, porque no la oiré; dentro de medio minuto habremos rebasado el muro del sonido!

Arranqué a toda velocidad, haciendo volar con las gomas la gravilla del camino que serpenteaba entre el césped del jardín. Salimos fuera y torcí por River Road hacia el norte, en busca de la Ruta Federal número 4.

Al llegar a la misma, viré hacia el este, encaminándome hacia la ciudad. Pero no tenía ganas de dejar una pista determinada, de modo que en el cruce de Phelps Manor eché hacia el sur por Teaneck Road y viajamos a toda velocidad, pasando a la mayoría de los vehículos que cruzaban por delante de nosotros.

De aquí pasamos a la Ruta Federal número 46, virando luego,

hacia el este nuevamente. Al llegar a la 19 volví de nuevo al sur, todo esto con el fin de despistar a mis posibles perseguidores.

Marpha Marvis recobró bien pronto su serenidad, y fiel a mis indicaciones, no despegó los labios tan siquiera. Normalmente, el trayecto entre Teaneck y Nueva York se cubre en menos de una hora, pero tres más tarde, aún continuábamos rodando por las numerosas carreteras que esmaltan la vecindad de la gran ciudad, con el fin de desorientar a los perseguidores.

Súbitamente, cuando ya estábamos a punto de alcanzar el cruce con la Ruta número 3, que nos llevaría al Lincoln Tunnel, bajo el Hudson, oímos el bramido de una sirena.

La anciana se enderezó en el asiento, mirando hacia atrás. Mis manos se crisparon sobre el volante.

—¡Viene la policía! —exclamó.



¡Viene la policía!

—Ya lo sé —dije, y empecé a reducir la marcha. El tránsito se había aclarado bastante en aquel lugar.

—Es un motorista —dijo Marpha.

Maldije entre dientes. Seguramente había estado agazapado tras algún seto y no le habíamos visto. Muchos de los policías camineros

obran así para cazar mejor a los infractores del código de circulación.

«Bien —pensé, en tanto me hacía a un lado de la carretera, maniobrando solo con la mano izquierda—, ahora veremos».

El chillido de la sirena murió a medida que la motocicleta se nos acercaba. Comprobé que la pistola salía bien de su funda y rogué mentalmente porque la inmersión en el agua no hubiera alterado sus virtudes.

Al fin detuve el coche. Disimuladamente abrí la portezuela en tanto que el motorista se detenía junto a nosotros.

—Buenas tardes, señor. Señora... Dispensen, pero iban a más velocidad de la permitida. Lamentándolo mucho, tendré que imponerles una multa.

—Mire, agente —dije—, esta señora va al hospital a ver a su hija. Va a ser abuela... pero resulta que la cigüeña tiene un ala averiada... La cosa no viene muy bien y... en fin, usted ya me entiende, ¿no?

El motorista me miró suspicazmente. En aquel momento, cosa rara, no se veía un automóvil en cinco kilómetros a la redonda.

—Ese cuento está ya muy gastado, hermano —dije—. Su patente, por favor...

Entonces se dio cuenta de una cosa. Su frente se cubrió de arrugas, en tanto que su mente funcionaba a cien atmósferas de presión.

—Oiga, señora —dijo—, ¿no es usted... no se llama Marpha Marvis? Me parece que sí; una vez vi su retrato en una revista en donde era citada como uno de las ciudadanas más prominentes del año...

—Eso no le importa a usted, agente —dijo la vieja, secamente—. Ponga la multa y déjenos pasar.

El policía se mordió los labios.

—Está bien, está bien —dijo—; lamento haberla ofendido...

En aquel momento, la radio de su motocicleta dio la señal de llamada. El agente hizo girar el dial y al instante sonó una voz masculina:

«... Un hombre joven... cabellos rubios, algo oscuros... ojos azules,
1,85 m,

de estatura... complexión fuerte... 90 kilos de peso... Va acompañado de una anciana de unos sesenta años aunque aparenta menos... menuda, de aspecto vivaracho... Viajan en un “Cadillac” negro, año 50, matrícula...».

El policía se volvió hacia nosotros solo para encontrarse ante el negro ojo de mi pistola que le miraba amenazadoramente.

—No se resista, amigo —dije con truculencia—, o le vuelo la sesera.

—Están empeorando su situación en lugar de mejorarla. Déjense detener y saldrán ganando.

Terminé de abrir la portezuela y salí fuera.

—Como usted dijo antes, ese disco está ya muy gastado, hermano. ¡Vuélvase de espaldas!

El policía obedeció. Le quité el revólver y el silbato, los cuales arrojé luego con todas mis fuerzas hacia los setos que bordeaban la pista.

—Ahora, camine. Con los brazos en alto y sin intentar nada en absoluto, ¿estamos?

—¿Qué es lo que piensa hacer conmigo? —preguntó con voz temblorosa.

—No tema; no me gustan los tiros en la nuca. Camine y no vuelva a hacer preguntas.

El policía avanzó tres o cuatro pasos. Entonces, yo, levanté el pie y pegué a la motocicleta un fuerte golpe, con todas mis fuerzas, derribándola al suelo.

Desenrosqué con mano rápida el tapón del depósito de combustible. La bencina se derramó de inmediato por el suelo.

Calculé la distancia que me separaba del «Cadillac». Exigua, pero suficiente.

Bajé la mano y apreté el gatillo. Sonó el estampido y el policía echó a correr. Y yo también, pero hacia el coche.

La gasolina empezó a arder inflamada por el fogonazo, envolviendo el vehículo. Me senté tras al volante y embragué, pues no había cortado el encendido. El coche arrancó como caballo encabritado.

Pisé el acelerador a fondo, cambiando rápidamente las marchas. Al pasar por delante del motorista caminero, le vi levantar los puños con aire de desesperación. Ya no podría seguirnos ni avisar a

nadie con la radio de su motocicleta. Antes de que llegase a lugar transitado, pasaría un buen rato: el suficiente para que la vieja y yo pudiéramos sumergirnos en la cómplice selva del asfalto de la gran ciudad.

CAPÍTULO VI

Unos nudillos tocaron a la puerta. Saqué la pistola y caminé hacia ella.

—¿Quién es? —pregunté.

—Abra, señor Dix. Soy yo, Benson.

—¿Estás solo?

—Sí, señor Dix.

Sin soltar la pistola hice girar la llave. Entonces, el ratonil rostro de Benson, el dueño del infecto hotelucho donde nos habíamos escondido Marpha Marvis y yo —aprovechándome de ciertos favores que me debía—, penetró en la estancia, con un fajo de periódicos, todos ellos estallantes de titulares con letras de a palmo.

—¡Cielos! —exclamó, apenas se hubo colado en el seguro refugio de la habitación—. Buena la han hecho ustedes.

—No hace falta que me lo recuerdes —gruñí, arrebatándole los periódicos. La abominable estaba sentada en el lecho, aunque vestida completamente, y yo lo hice a su lado.

Desplegué al azar uno de los periódicos. Tanto daba leer aquél como los otros. El contenido era idéntico en todos, pero los titulares estremecían:

«DAMA DE LA ALTA SOCIEDAD, FUGITIVA DESPUÉS DE
COMETER UN ASESINATO»

Decía uno de ellos.

«DETECTIVE PRIVADO AYUDA A DISTINGUIDA DAMA A
ESCAPAR, TRAS MATAR A PROMINENTE ARTISTA»
«ARTISTA “BURLESQUE” MUERTA A BASTONAZOS POR
MILLONARIA EXCÉNTRICA»

«POLICÍA ATACADO POR LOS FUGITIVOS EN JERSEY CITY»

Y así todos los periódicos.

—Señor Dix, esto me va a traer un disgusto gordo. Si les pescan aquí...

—Calla un momento, Benson —dije—. Estoy pensando.

Sí. Tenía que pensar. Y mucho. La situación estaba poniéndose incandescente y era lógico pensar que la policía hubiera efectuado un colosal despliegue de fuerzas para atraparnos. Un hombre joven y no mal parecido, acompañado por una anciana menudita y de aspecto resuelto y vivaracho eran dos blancos relativamente fáciles de acertar. Teníamos que madrugar mucho para esquivarlos... si es que podíamos.

Me paseé nerviosamente por la habitación, contemplado con bastante temor por el hotelero, en tanto que Marpha leía tranquilamente las espeluznantes descripciones de los periódicos.

De pronto se echó a reír. Me volví hacia ella.

—¿Qué le pasa? —pregunté de mal talante.

Señaló uno de los periódicos.

—Esto. ¿Le parece poco? Resulta divertidísimo, ¿no?

—Para usted quizá, sí; pero no para mí. Si la policía nos echa el guante, nuestra diversión va a acabar en ese cuartito con una silla que hay en

Sing-Sing.

—Bueno, al menos no me negará que es excitante.

—Demasiado. Sobre todo teniendo en cuenta que sólo hablan de un muerto: la Laurel, y había otro, del cual no se dice ni una sola palabra. ¿Por qué?

La abominable me miró sumamente intrigada.

—¡Otro muerto! Oiga, Dix, usted no me había hablado de esto.

—¡Más muertos! —gimió Benson—. Por favor, señor Dix...

—¡Cierra el pico, tú! —contesté abruptamente—. No tengas cuidado; no lo he matado yo. Ni la señora Marvis tampoco.

—Pero la policía...

—La policía, un rábano. He dicho que te calles.

—Eso es —me apoyó la vieja—. Tátese la boca, Jeremías, y déjenos hablar. ¿Quién infiernos es ese muerto?

—El criado. Kolkee.

—¿Kolkee?

—Sí. El mismo que nos sirvió esta mañana el desayuno. ¿De dónde lo sacó usted?

Se encogió de hombros.

—¿Y yo qué sé? Era nuevo para mí. Generalmente, no intervengo en la contratación de la servidumbre, sino que me limito a dar mi aprobación. Si me gusta, digo que sí y ya está.

—¿Y quién contrató a Kolkee?

—Valeria, supongo. Ella se encarga de eso. Pero no sé de dónde lo sacaría.

Hice crujir mis nudillos.

—Conque Valeria, ¿eh? Vaya con la mosquita muerta. A ver si ha sido capaz de organizar ella todo este tinglado con el fin de casarse con su hijo.

La vieja saltó en el lecho.

—¡Eh! ¿Qué diablos está diciendo, maldito fisgón? Valeria es una chica bonísima, incapaz de hacer daño a una mosca. Debíó pedir el criado a una agencia para estos días, en que andaríamos un poco recargados de huéspedes, y le enviaron al tal Kolkee. Eso es todo, fisgón, y procure en lo sucesivo no ser tan suspicaz.

—Precisamente por serlo estoy vivo todavía señora —mascullé. Luego me volví hacia el hotelero—. Benson, a ti te gustaría que nos largásemos de aquí, ¿verdad?

Su rostro expresó un infinito alivio.

—Hombre, yo... —Trató de disimular—. La verdad es que le aprecio muchísimo, señor Dix; aquel favor que me hizo... Pero debe comprender que la policía.

—Te comprendo perfectamente. Ahora bien, no podemos irnos así, cuando nuestra descripción ha circulado tan profusamente, ¿estamos?

—Sí, claro. La entiendo. Ustedes quieren disfrazarse, ¿no?

—Celebro que seas tan vivo de imaginación, Benson. Vas a hacer lo que yo te diga... Mejor dicho, te lo daré anotado para que no se te olvide nada. ¿Tu mujer está abajo?

—Sí.

—Bien. Mientras tú te encargas de adquirir todo lo que te pongo aquí, dile que suba con unas tijeras.

—¡Oiga! —protestó la abominable—. No irá a degollarme,

¿verdad?

—Descuide —dije entre dientes—; no lo haré... aunque bien sabe Dios que no me faltan ganas de hacerlo.

Entregué el papel a Benson. Éste leyó lo que había escrito y sacudió la cabeza.

—Necesitaré dinero, señor Dix.

Eché la mano al bolsillo... y me quedé así, porque me había olvidado en absoluto de trasladar la billetera de traje al cambiarme.

Afortunadamente, la propia señora Marvis vino en mi auxilio.

—¿Cuánto necesita usted, Benson?

Me volví hacia la cama. La abominable tenía en la mano derecha un bolso abierto y en la izquierda un impresionante fajo de billetes.

—Dele quinientos —dije—. Lo que sobre bastará para compensar las molestias. Pero tienes que darte prisa, Benson; quiero largarme de tu casa lo más pronto posible. En cualquier momento puede venir la policía y nos daría un disgusto a los tres. ¡Vamos, pronto, hombre!

Benson salió de la habitación huyendo como alma que lleva el diablo, dejándonos solos en ella. Su esposa no tardó mucho en llegar, armada con un par de afiladas tijeras.

La vieja no pestañeó cuando su pelo empezó a caer por tierra. Se dejó hacer impasible y a mis excusas por la faena, se limitó a decir:

—Tengo la salud suficiente como para esperar que crezca diez veces más largo. No se apure por ello, detective.

Media hora más tarde, no le quedaba más pelo que el justo para cubrir su cráneo. Y apenas había terminado la mujer de Benson, cuando éste apareció con una gran maleta en las manos.

Sudaba de miedo y además traía otro periódico en las manos.

—Ha aparecido el otro fiambre —dijo.

Le arrebaté el diario de las manos. Leí rápidamente los titulares y el resumen del suceso. Kolkee había sido encontrado en una arboleda cercana al puente de la carretera estatal número 4 que hay sobre el río Hackensack, a unos siete kilómetros aguas arriba de la mansión de la vieja. En sus bolsillos se había encontrado el arma homicida: un gran medallón, cuya aguja mostraba señales indubitables de haber sido utilizada para atravesarle el corazón.

Maldije mi estupidez al dejarme olvidado el medallón en el traje mojado. El asesino debía haber registrado mi habitación apenas

huido, y luego colocado el medallón entre las ropas de Kolkee. De no haber sido por mi fallo, éste hubiera sido un crimen que no se nos podría haber achacado en modo alguno. Pero ahora ya no había remedio.

Inspiré fuertemente y arrojé el periódico a un lado.

—Bien —dije—, a trabajar. Señora Benson, lo que sigue es cuestión suya.

El hotelero sacó la maleta y extrajo de ella una serie de adminículos que le había encargado. Me senté en una silla y dejé que su esposa me tiñera el pelo de negro, colocándome luego bajo la nariz un frondoso bigote postizo, con lo cual mi aspecto quedaba totalmente desvirtuado.

En cuanto a la abominable, sus canas desaparecieron por completo en menos de media hora. En cuanto estuvo lista, Benson y yo nos volvimos de espaldas, dejando que su esposa ayudara a Marpha a cambiarse de ropas.

—Ya pueden volverse —dijo diez minutos más tarde.

Lo hicimos, lanzando un unánime grito de asombro.

Marpha estaba totalmente desconocida. Con el pelo teñido de negro y cortado a la moda masculina, aunque bastante frondoso, vestida con un traje de varón que le sentaba estupendamente, podía pasar por delante de las narices del mismísimo Silvanus sin que éste fuera capaz de reconocerla. En aquel momento y con su tez tan lisa, la vieja parecía un cincuentón muy bien conservado.

Mientras metía sus ropas en la maleta, se quejó.

—Te has olvidado de una cosa, Tibby —dijo, tuteándome.

—¿Sí?

—Un bastón. Estoy acostumbrada...

—Tendrá que habituarse a caminar sin él —mascullé, terminando de cerrar la maleta—. No podemos correr el riesgo de que la descubran por un detalle tan insignificante. ¡Andando!

El dinero pasó a mi poder, por tácito acuerdo. Largué a Benson cien pavos más, con lo cual el hombre salió delante barriendo el suelo para que no nos mancháramos las suelas de los zapatos. En la calle tomamos un taxi, que nos condujo a un hotel de discreta apariencia, pero buen servicio, situado en la calle 43, a mitad de camino entre Times Square y la estación del ferrocarril Grand Central.

Nos inscribimos como los señores Tatham, padre e hijo, y pedimos una habitación con dos camas. Encargando nos subieran la cena al cuarto inmediatamente. Firmé en el libro por los dos y luego un botones nos acompañó al ascensor.

Cuando estuvimos solos, dije:

—Confío en que no se hayan fijado en sus orejas, señora Marvis.

Me miró profundamente.

—¿Por qué, Tibby?

—Los agujeros para los pendientes —suspiré—. Su aspecto es perfecto; nadie diría que es usted una mujer. Pero... esos agujeros...

Cenamos con magnífico apetito, pese a todos los contratiempos sufridos. Al terminar, me puse en pie, revisando mi pistola.

—¿A dónde vas, hijo? —me preguntó ella con dulzura no fingida.

—Tengo que hacer una visita a un viejo conocido. Él quizá pueda decirme por qué tenía infiltrado a Kolkee en su casa como un quintacolumnista.

—¿Quién es ese tipo?

—El representante artístico de la Laurel. Un tal Hunt Russell. No vive muy lejos de aquí. Por eso tomé este hotel. Usted me va a prometer no moverse de aquí bajo ningún pretexto, ¿estamos?

Asintió, mirándome fijamente con sus vivaces ojillos.

—¿Por qué haces todo esto, hijo?

—Porque usted es la que me ha de pagar cincuenta mil dólares si descubro al autor de los dos crímenes, señora —repuse tan fresco—. Ya que no me los pude ganar con la separación de su hijo y Aida, al menos tendré que trabajarlos para demostrar su inocencia. Y la mía, que tampoco es grano de anís.

Se me acercó, poniéndome una mano en el hombro.

—Anda, muchacho —dijo—. Ve y procura tener suerte, sobre todo. Si desentrañas este misterio, te prometo que no has de quedar descontento de mí.

«¡Vaya! —pensé—. La abominable empezaba a tener corazón. ¿Se le estaba ablandando?».

—Quedaré mucho más contento si no se mueve de aquí para nada y recuerda en todo momento que es un hombre y no una mujer. En la maleta tiene pijamas de su medida y... Bueno, hasta luego.

Cuando ya estaba en la puerta, me llamó.

—Eh, déjame cigarrillos.

Me volví, sonriendo.

—Es usted única —dije, tirándole el paquete junto con un sobrecito de fósforos, después de haberme puesto encendido un pitillo en la boca.

Quince minutos más tarde me encontraba ante la puerta de un edificio situado unas manzanas más allá, hacia el este, pero en la calle 42. A lo lejos se veía el fabuloso resplandor de Times Square y los teatros, iluminados al máximo.

Me metí en el ascensor y subí hasta el piso noveno. Salí fuera y fui recorriendo puertas hasta dar con la que buscaba.

Pulsé el zumbador. Un pequeño panel de la puerta se descorrió treinta segundos más tarde.

—¿Qué desea? —me preguntó una voz hostil.

—Traigo un recado de Kolkee —dije.

La puerta se abrió de inmediato, dando paso a una especie de cuartito o antecámara, muy pequeño, como un lugar para investigar a los que llegaban y que pudieran ser sospechosos. Las paredes estaban acolchadas, lo mismo que las dos puertas. La que acababa de franquear y la que tenía sólidamente cerrada frente a mí.

El individuo que me había abierto me lanzó una mirada suspicaz. Con sólo mirarle a la cara se sabía de inmediato la profesión que desempeñaba en, como se dice vulgarmente, «la vida civil». Me lo corroboró el sospechoso abultamiento de su chaqueta en el lado izquierdo.

—Veré si el señor Russell puede recibirlo —dijo—. Aguarde aquí.

Dio media vuelta y en cuanto me volvió la espalda, alargué el brazo izquierdo, sujetándolo por el suyo derecho. Al mismo tiempo, desenterré la automática, que había limpiado y aceitado durante mi estancia en casa de Benson.

Se la puse debajo de las narices.

—Ni una sola palabra, chico, o te vuelo los sesos.

El rostro se le cubrió de sudor inmediatamente.

—¿Qué... quién es... usted? —balbuceó, lívido.

—Papá Noel que viene antes de tiempo —repuse, metiéndole la mano en la chaqueta y despojándole de su artillería. Me eché su

armamento al bolsillo— un «Colt» calibre 38 de cañón corto, —y luego moví mi pistola en semicírculo, al sesgo.

Recibió el golpe detrás de la oreja. Permaneció un instante mirándome, con infinita expresión de asombro y luego se desplomó como un saco.

Lo arrastré hasta el rincón más oscuro, después de lo cual abrí la otra puerta. Pasé a un amplio despacho, en el cual había un hombre trabajando tras una mesa.

No estaba solo. También había un individuo menudo, de ojos abultados y sádico aspecto, que parecía muy entretenido en limpiarse las uñas con una navaja de quince centímetros de acero.

—Tira esa herramienta, tú —le intimé por todo saludo.

Russell y el pandillero se pusieron en pie a una, estupefactos ante mi insólita entrada. El acólito miró a su jefe, como pidiéndole consejo acerca de lo que debía hacer.

—Escucha, macaco —le dije—; si quieres gustar el sabor de un plomo en los intestinos, mueve la mano con que sujetas esa navaja. Anda —añadí con el tono más feroz que pude—, estoy deseando apretar el gatillo. Y según tengo entendido, los muros de este apartamento están aislados.

La prominente nuez del pistolerillo se movió espasmódicamente. El tipo se dio cuenta de que no bromeaba y soltó el cuchillo, que salió de punta clavándose en el suelo con seco chasquido.

—Muy bien —dije—, así me gustan los hombrecitos. Que sean obedientes. Y ahora, pon las manos en la nuca y vuélvete de cara a la pared. Recuerda que por mucho que corras, mis balas serán siempre más rápidas.

A continuación me enfrenté con Hunt Russell.

La profesión oficial del tipo era representante artístico y, en efecto, representaba a algunos artistas, la Laurel entre ellos. Cuando entré en la habitación estaba leyendo lo referente a los asesinatos en un periódico, en cuyas primeras páginas aparecían los retratos de la vieja y el mío.

Me miró, frunciendo el ceño como si hiciese un esfuerzo mental.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos quiere?

—Vengo a verle de parte de Kolkee. Me ha dicho que ha sido una sucia faena esa de clavarle una aguja en el corazón y que está muy disgustado con usted, Russell.

—No sé de qué me está hablando, amigo. Nunca he visto a Kolkee...

Me eché a reír.

—¿No, eh? Entonces, no me irá a decir ahora que tampoco conoce a un bestia escandinavo conocido mejor por «Cebollas» Largssen, ¿verdad? El gigante ha trabajado siempre para usted; lo sé de muy buena tinta.

—¿Y qué? Pero eso no prueba que el tal Kolkee...

—El tal Kolkee y «Cebollas» vinieron el otro día a hacerme una visita a casa por encargo suyo. ¿Es que no recuerda ya la cara que les dejé a los dos? ¿Quiere que repita con usted la faena para ver si así consigo hacerle hablar, Russell?

Los ojos de Russell se dilataren repentinamente.

—¡Usted es Dix! —gritó, tirándose hacia el teléfono como una fiera.

Le madrugué, golpeándole los nudillos con el cañón de la pistola. Soltó vivamente el auricular, y se llevó la mano a la boca, chupándosela entre gemidos de dolor.

El pistolero se había vuelto al oír el grito de Russell. Le solté un tiro que le pasó rozando la cabeza, en vista de lo cual retornó a su posición anterior con suma presteza.

Mientras se disipaba el fragor del estampido, dije:

—La próxima vez tiraré a la barriga, imbécil —y luego miré al representante—. Vamos a ver, Russell. Los disparos no pueden oírse fuera de esta habitación. ¿Le gustaría que le destrozase una pierna para hacerle hablar?

La cara se le volvió del color de la ceniza. Después de la demostración que acababa de hacerle, no le cabía la menor duda de que así lo haría si se empeñaba en resistir.

Se pasó la lengua por los labios, repentinamente resecos.

—¿Qué... qué es lo que quiere saber, Dix?

—Lo primero: ¿quién les dio el soplo de que mi ayudante y yo íbamos a aceptar el encargo de la señora Marvis?

—Pues... naturalmente, la propia Aida Laurel. A ella, como es lógico, le interesaba casarse con Silvanus.

—Mientes, bastardo —dije tranquilamente.

Un golpe de sangre afluyó súbitamente a su cara.

—Ella no se lo pudo decir. No lo sabía entonces. Fue otro, uno

de los que vivían en casa de la vieja. ¿Cuál de ellos?

—Repito que fue la propia Aida. Entonces, yo envié a Kolkee y a Largssen para intimidarle... pero sin ánimo de causarle gran daño, por supuesto. Únicamente queríamos que deshiciera el trato.

Meneé la cabeza con aire compasivo.

—Como buen agente artístico, eres un magnífico embustero, Hunt Russell. ¿No te han quebrado nunca los dientes con el cañón de una «45»?

Extendió sus manos temblorosas hacia mí.

—Le juro que es verdad lo que le estoy diciendo, Dix. Aida...

Se interrumpió súbitamente. La puerta acababa de abrirse de modo impensado.

Una persona penetró en el despacho diciendo:

—Jefe, Shickie está ahí afuera...

Russell lanzó un rugido.

—¡Mátalo, Largssen, mátalo!

CAPÍTULO VII

El gigante me contempló boquiabierto durante un segundo. Evidentemente, no me había reconocido, lo cual no dejaba de ser un tanto a mi favor.

Extendí la mano armada.

—¡Quieto, «Cebollas»! ¡No te muevas o...!

Pero tanto daba detener a una locomotora con una caña. En la estrecha mente de Largssen, las ideas tardaban bastante en penetrar y recién le estaba entrando ahora la orden recibida de Russell.

Soltó un ronco bramido y se arrojó sobre mí, haciendo voltear sus brazos como aspas de molino. Como me alcanzase con uno de los golpes, podía empezar a despedir el duelo.

No me quedaba más recurso que echarme a un lado y le dejé llegar hasta mí. Entonces lo esquivé, al mismo tiempo que alargaba el pie.

El gigante cayó de bruces. Su mandíbula chasqueó contra el borde de la mesa, su cuerpo se retorció y quedó inmóvil en el suelo.

En aquel momento percibí un ruidito sospechoso a mi izquierda. Me volví rápidamente. El pistolerillo se había agachado y empuñaba ya el cuchillo con la mano. Me lo lanzó con todas sus fuerzas.

En el mismo instante en que el arma se me clavaba en el brazo izquierdo, apreté el gatillo. No hay nada tan devastador como un proyectil del calibre 45 en plena barriga, y la del forajido resultó espectacularmente perforada.

Se agarró el vientre con ambas manos, viendo salir la sangre entre sus dedos.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Me ha matado!

Y al instante se tiró al suelo y empezó a revolcarse, dando unos aullidos capaces de quebrar los vidrios. Pero diez segundos más tarde, estiró bruscamente las piernas y se quedó inmóvil.

Miré el mango de la navaja que tenía clavada en el antebrazo izquierdo. Si no ando listo para levantar el miembro, el fulano me lo clava en el corazón hasta las cachas.

Alcé el brazo hasta la altura de mis dientes, y agarrando con éstos la empuñadura, di un fuerte tirón. El arma salió fuera y luego la escupí al suelo, procurando dominar el intenso mareo que me acometía.

Miré a Russell. El tipo estaba lívido.

Caminando lentamente, fui a situarme a su altura, detrás de su mesa. Le miré con la expresión de una hiena.

Russell adivinó lo que le iba a suceder. Levantó las manos, tratando de protegerse el rostro.

Se las bajé a golpes de pistola. Aulló como un poseso al sentir en sus nudillos el violento contacto del arma. Cuando el rostro le quedó al descubierto, le aticé con el cañón del arma en la boca.

Empezó a escupir sangre y dientes, en tanto que farfullaba una serie de ininteligibles palabras. Acabé con él dándole tras la oreja. Russell sayo al suelo, totalmente sin conocimiento.

Lo empujé con los pies, echándole fuera del sillón, en el cual me senté. Dejando la pistola en la mesa, me despojé de la chaqueta, remangándome la camisa.

Examiné la herida. No era grave, pero sí dolorosa, y lo peor de todo era la sangre que estaba perdiendo. Saqué un pañuelo y lo até fuertemente en torno a la herida, conteniendo momentáneamente la sangre.

Luego empecé a buscar entre los cajones, hasta hallar una botella que destapé con los dientes. De vez en cuando, las pupilas perdían el foco de visión, pero conseguí mantenerme en pie.

Bebí un par de buenos tragos. El alcohol me reanimó notablemente. Entonces me puse en pie, yéndome hasta los ficheros que había en uno de los ángulos de la estancia.

Tiré del correspondiente a la letra L. Busqué la carpeta que hacía referencia a Laurel y pronto di con ella. Era muy abultada y prometía revelar muchas y muy sustanciosas cosas.

La eché sobre la mesa y comencé a ponerme la chaqueta.

Estaba terminando de hacerlo cuando, de pronto, vi que la puerta se abría.

Me tiré como una fiera sobre la pistola, justo en el momento en

que una mano armada empezaba a soltar fuego por todas partes. La mesa me sirvió de parapeto, en tanto que las balas rechinaban malignamente en torno mío.

El tiroteo cesó de pronto. Entonces apreté el gatillo y la mano aquélla pareció ser arrancada por la bala. El tipo que era su dueño apareció en mi campo de visión. Se trataba de Shickie, el individuo a quién había golpeado para poder entrar.

Por lo visto no tenía bastante, porque forcejeó en su bolsillo con la mano izquierda, tratando de sacar otra pistola. Apreté dos veces el gatillo y el fulano fue arrojado hacia atrás con terrible violencia, como si le hubiese pegado el gigante un par de puñetazos.

Me puse en pie lentamente. Enfundé la pistola y tomé la carpeta con la mano izquierda. Salí.

En la puerta contemplé, apesadumbrado el espectáculo que se ofrecía ante mis ojos. No tenía nada de agradable y sí mucho de macabro. Confié en que el tiroteo no habría sido oído, pese a que tenía los tímpanos bastante maltratados. Ventajas de los nuevos sistemas de construcción.

Metí la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta, para evitar se viera la sangre que la manchaba, procedente de la herida del brazo. Pasé por encima del cadáver de Shickie y salí de aquel devastado apartamento.

La policía se devanaría los sesos preguntándose quién había podido ser el autor de aquellas dos muertes, porque tenía la seguridad plena de que Russell tendría algo que ocultar y diría no haberme conocido. Pero al mismo tiempo, se felicitarían por el suceso; con mi actuación acababa de prestarles un señalado servicio, eliminando a dos peligrosos pandilleros que tarde o temprano hubieran terminado por caer abatidos a balazos por la misma policía.

Debía tener muy mala cara cuando aparecí en mi cuarto del hotel, porque la vieja se tiró de la cama apenas me vio entrar.

—¡Rayos! Tibby, ¿qué te ha sucedido?

Señalé con la mano derecha, en la cual tenía aún la carpeta, el teléfono.

—Pida una botella de *whisky*, pronto.

Era inteligente. No hizo la menor pregunta y se fue hacia el teléfono, activando el asunto. Luego volvió junto a mí.

Tenía ya el brazo entumecido. Lo saqué con dificultad del bolsillo de la chaqueta y empecé a quitármela.

—¿Puedes contarme de una vez qué diablos has estado haciendo?

—Fui a ver al representante de la Laurel. Dos de sus hombres me atacaron y ahora están para la heladera de la «Morgue». Otro quedó sin conocimiento. A él le partí la boca... pero le quité esto —y señalé la carpeta que había arrojado sobre uno de los lechos gemelos.

Estaba patéticamente diminuta dentro de su bata, con la cual se cubría el cuerpo. Pero sus ojillos no perdían ni por un momento su habitual sagacidad. En un segundo se dio cuenta de todo.

—¡Cuernos! —Gruñó—. Parece que la excursión ha sido fructífera.

—Cuando haya examinado detenidamente la carpeta se lo diré. Ahora...

Sonaron unos nudillos en la puerta. Los dos miramos a una hacia la misma.

Metí la mano en el bolsillo y saqué dinero, entregándoselo.

—Páguele y no deje que asome las narices dentro.

—O. K., Tibby.

Se fue hacia la puerta, abriendo sólo una rendija, lo justo sólo para que pasara la mano del mandadero con la botella. Se la pagó, agregando una buena propina, y luego vino con ella hacia mí.

—Vamos al cuarto de baño, hijo —murmuró, ayudando a levantarme.

Fuimos allí. Me quitó el pañuelo y examinó la herida, que era de bordes limpios. Me la bañó concienzudamente con el licor, cosa que me hizo morderme los dientes para no prorrumpir en alaridos de dolor, y luego me colocó una venda limpia hecha con sus propias enaguas. En cuanto a mí, al no tener otra camisa, al día siguiente habría de ponerme la misma hasta que pudiera comprarme una nueva, pero le corté la manga ensangrentada, que junto con el pañuelo que me había servido de venda y bien cortados ambos en menudos trocitos, fueron sumidero abajo para borrar posibles rastros.

Cuando terminé me sentía demasiado cansado, prácticamente agotado. El día había sido de alivio y necesitaba descansar.

Me quité los zapatos y me tendí en la cama. Con la mano sana abrí la carpeta y empecé a examinar su contenido, junto con Marpha.

Había mucho que ver, pero nada que nos pudiera indicar una pista positiva. Tenía hecha una hipótesis en el caso, pero era preciso encontrar las pruebas necesarias para poder confirmarla.

Me aticé un trago al concluir el examen de los documentos. Ella bebió otro, aplicándose el gollete de la botella a los labios sin el menor empacho.

—Es raro —murmuré.

—¿Qué es lo que encuentras de raro, Tibby?

—Pensé que Russell tendría algún documento comprometedor de la Laurel y aquí, todos los que hay, son perfectamente inocuos.

—¿Por qué esperabas encontrar ese documento, Tibby?

Me mordí los labios, tratando de hallar una respuesta.

—No sé... pero si no es así, ¿a qué diablos viene la protección que trataron de dispensarla en el primer momento? Casi enseguida supieron que yo y mi ayudante teníamos que deshacer la boda. ¿Quién diablos pudo habérselo dicho?

—No era ningún secreto que iba a casarse...

—Pero sí que Mesalina Glavell y yo teníamos que impedirlo. ¿Quién, además de usted lo sabía?

—Nadie —respondió la abominable con firme acento. Repitió—: Nadie, porque fue idea exclusivamente mía y en el momento de telefonarles estaba completamente sola en mi habitación.

La miré fijamente a los ojos.

—¿Fue de Silvanus la idea de instalar altavoces en todas las habitaciones como si se tratara de un barco de guerra?

—Sí.

—Entonces, también pudieron instalar micrófonos para recoger lo que se hablara en ellas, ¿no cree?

Sus menudos ojuelos me contemplaron en silencio durante algunos segundos.

—¡Ese cochino de Jerry! —dijo.

Estuve a punto de saltar de la cama.

—¿Cómo? ¿Sospecha usted de su propio marido? Pero, si parece...

—No parece nada —dijo abruptamente—. Tiene cara de tonto y

además lo acentúa, pero no lo es. Ni mucho menos. A él no le va ni le viene en lo que le pueda suceder a mi hijo, pero tan sólo por fastidiarme a mí, sería capaz de ayudarlo.

—Le está acusando de espiarla, señora Marvis.

—Es muy aficionado a escuchar tras las puertas. En más de una ocasión le he pescado y...

Recordé lo sucedido en la primera noche de nuestra llegada a casa de Marpha. ¿Quién o quiénes nos habían golpeado a Mesalina y a mí?

—Estoy muy cansado —dije, y además el brazo me dolía bastante—. Seguiré mañana, cuando haya dormido.

—De acuerdo, hijo —respondió Marpha. Fue a su cama y sacó una manta, que me echó por encima del cuerpo.

Me miró sonriendo suavemente. Aquélla era una expresión nueva para mí y, casi para ella.

—Eres exactamente como el hijo que siempre deseé haber tenido, Tibby.

—No se queje del que tiene, señora —respondí—. Lo que pasa es que usted es muy absorbente y no le ha dejado desarrollar su personalidad como debiera. Déjele que camine sólo por la vida; ya es mayorcito para hacerlo. Verá como así les va mejor a los dos.

—Nadie me había dicho eso hasta ahora, muchacho.

—Porque usted no permitió que se lo dijeran. Le conviene humanizarse un poco, señora Marvis; no sabe cuánto ganaría usted con que lo hiciera así.

Asintió con aspecto meditativo.

—Puede que tengas razón —murmuró, y se tendió en su lecho, apagando la luz acto seguido.

Me dormí casi de inmediato. Lo hice de un tirón y ya era bien entrado el día cuando me desperté.

Bostecé, estirando los brazos, pero de repente un tironazo en la herida me hizo recordar instantáneamente lo sucedido.

Me senté en la cama. Miré el reloj; eran ya más de las diez de la mañana. ¡Diablos! Había dormido más de ocho horas.

En la estancia reinaba un profundo silencio. Me extrañó no oír siquiera la respiración de la vieja. Y lo comprendí un segundo más tarde al mirar hacia su lecho.

Se me escapó un alarido al ver que estaba vacío. Sus ropas de

noche estaban hechas un rebullo a los pies, en tanto que las de hombre habían desaparecido como si nunca hubieran existido.

Por un instante pensé que pudiera estar en el baño, pero bien pronto se disiparon mis esperanzas. ¡No se veía el menor rastro de Marpha Marvis!

Me humedecí la cara con una toalla mojada, pasándome luego los dedos por los revueltos cabellos. Luego me puse la única camisa de que disponía, a la cual le faltaba la manga izquierda, y con bastantes más dificultades de las previstas pudo hacerme el nudo de la corbata, hecho lo cual terminé de vestirme. No olvidé la pistola y su funda, aunque deplorando interiormente el hecho de que sólo me quedasen tres o cuatro cartuchos, que no había modo de reponer, porque era imposible acercarse a mi despacho; el que seguramente estaría celosamente vigilado por la policía, además de intervenido su teléfono.

La carpeta estaba allí. Menos mal, dije, en tanto la cogía y me encaminaba hacia la puerta. No era conveniente dejarla abandonada, porque hubiera sido lo mismo que delatar nuestra presencia allí, y hasta el momento, la vieja y yo estábamos pasando por los señores Tatham, padre e hijo, y convenía seguir manteniendo la ficción.

Pero ¿dónde diablos podría haberse ido? Menos mal que había sido previsora y me había dejado bastante dinero, unos quinientos dólares en junto. Con esa suma podían hacerse algunas cosas... si se sabía exactamente lo que debía hacerse.

En cuanto estuve en el vestíbulo me encaminé como una bala hacia la recepción.

—Oiga usted —dije—, soy el señor Tatham, hijo y...

El empleado sonrió cortésmente.

—¡Ah, señor Tatham, buenos días! —contestó—. En efecto, tengo un recado para usted, de parte de su padre. Salió esta mañana muy temprano encargándonos no le molestásemos, pues anoche —manifestó su padre—, estaba usted muy cansado y además hubo de quedarse trabajando hasta bien entrada la noche.

En medio de todo, era lista la abominable. La gruesa carpeta que llevaba yo bajo el brazo justificaba enteramente sus palabras.

El recepcionista se volvió hacia el casillero y tomó un sobre que había en la celdilla correspondiente a nuestra habitación.

—Tome usted, señor Tatham. Este sobre lo dejó su padre con el encargo de que se lo entregásemos apenas se levantara.

Lo rasgué con mano impaciente, mordiéndome los labios con rabia en tanto lo hacía. No había más que dos o tres líneas escritas con mano nerviosa.

«No te preocupes por mí, muchacho. He de hacer algunas visitas. Volveré a la noche».

No había firma, pero era más que suficiente.

—Gracias —murmuré, en tanto rompía la nota en menudos trocitos que luego arrojé a una papelería.

Fui al bar del hotel y tomé un café con buñuelos, en tanto pensaba intensivamente. Me senté en una mesita no muy céntrica, pidiendo un periódico de la mañana, al tiempo que tomaba aquel somero desayuno.

No se hablaba para nada de los dos individuos a quienes había liquidado la noche anterior en el despacho de Russell, lo cual me confirmó en mis sospechas: el agente era individuo que tenía bastante que ocultar, y que, con toda seguridad, habría preferido deshacerse en silencio de los cadáveres de sus compinches, antes que tener que pasar por un severo interrogatorio de la policía, lo cual, a fin de cuentas, no dejaba de convenirme.

Pero sí se decía, y bastante de la muerte de la artista, aunque seguían sin mencionarse la de Kolkee. A Marpha y a mí nos ponían que no había por dónde cogernos. El teniente Glasgow, encargado del caso, había hecho unas manifestaciones a la Prensa, diciendo que tenía una pista segura y que no tardaría mucho en pescarnos. ¡Tonterías! pensé, dejando el periódico a un lado. Con los disfraces que Benson nos había procurado, podríamos pasearnos impunemente por delante de él.

Terminé el desayuno y pedí otra taza de café. Procuré llevar la mano izquierda siempre en el bolsillo de la chaqueta para aliviar las molestias que sentía. El traje era oscuro y no se advertía apenas el corte que había practicado en la manga la cuchillada que me habían tirado. Pero me dije que era forzoso comprarme uno nuevo a la primera ocasión.

Desde el bar del hotel llamé a «Antonio's». No, Mesalina no

había llegado. Sí, claro, la conocían perfectamente. Si quería algún mensaje para ella... Dije que la llamaría de hora en hora y que me esperase allí, que en cuanto hubiese llegado iría a verla. Colgué y salí de la cabina, encendiendo un cigarrillo.

En la carpeta constaba el domicilio de la artista. Tomé un taxi y me hice conducir hasta el mismo.

Merodeé discretamente unos momentos antes de decidirme a entrar. Sabía que una de las primeras cosas que habría hecho la policía, al conocer la noticia de su muerte, habría sido registrar su vivienda. Después de comprobar que el campo estaba libre, me metí en el ascensor.

Salía al corredor, escrutando precavidamente ambos lados. No se advertía ningún peligro. Caminé hasta el apartamento 108C y tanteé la puerta.

Como me suponía, estaba cerrada con llave. Me cambié la carpeta al lado izquierdo y con la mano derecha extraje del bolsillo correspondiente una delgada laminilla de celuloide, que inserté en la cerradura. La moví unas cuantas veces hasta hacer girar el pestillo. Franqueé la puerta.

Permanecí unos momentos inmóvil, en el silencioso vestíbulo de acceso, tratando de captar algún sonido sospechoso. Al no oír nada, juzgué oportuno el momento de continuar.

En primer lugar me fui hacia el dormitorio. Aunque estaba ordenado, era evidente que la policía había pasado por allí. Ciertos detalles así lo revelaban. Pero yo buscaba algo que ellos, con toda seguridad, no habían sabido encontrar porque, tenía la absoluta convicción, no sabían que tenían que buscarlo.

Durante más de media hora, registré metódicamente la pieza, desmenuzando todo cuanto allí había. Al cabo de aquel tiempo, tuve que darme por vencido y, descorazonado y un tanto fatigado, me senté en el lecho para descansar y al mismo tiempo fumarme un cigarrillo.

Lo hice con tranquilidad tomándome tiempo para meditar las cosas. Estaba absolutamente seguro de que había algo turbio en el pasado de la Laurel, que ella había querido mantener en el más riguroso de los secretos. Pero ¿qué era?

Una vez concluido el cigarrillo, reanudé mi labor. Ahora me fui al *living*, reanudando el registro metódicamente, de todo cuanto

había en la habitación, pieza a pieza.

Una hora más tarde, empecé a pensar si no habría cometido una solemne tontería al venir al piso de Aida. ¿No serían imaginaciones mías lo de su turbio pasado? Pero entonces no se comprendería por qué la había apoyado primeramente un grupo de *gangsters* como en el encabezado por Hunt Russell. Y que la intimación había existido era indudable; los golpes que habíamos cambiado en mi despacho lo probaban de manera contundente.

Al fin resolví marcharme. Allí no había nada. Lo mejor sería ver nuevamente a Russell y obligarle a que hablase por las buenas o por las malas. Y esto, claro está, no podía hacerse durante el día.

Súbitamente, mi vista recayó en algo que, de tan visto, se me había pasado desapercibido durante el registro. Era, sencillamente, una mesita con ruedas, muy elegante destinada al transporte del servicio de té y bebidas.

La estudié unos momentos antes de atacarla. La plataforma superior era laqueada en negro, con escenas de la vida japonesa, que formaban una composición sumamente artística. No tenía vidrio encima, pero observándola bien detenidamente, advertí que una de las esquinas estaba ligeramente levantada.

Haciendo presión con la mano izquierda, empleé la otra para tirar del cuadro pegado sobre la madera. Entonces apareció lo que tanto había buscado.

Era una tira de celuloide, del ancho de una cinta cinematográfica. Tomándola con el índice y el pulgar, terminé de extraerla, viendo que tenía unos 70 u 80 centímetros de longitud.

La examiné al trasluz. Sin una lupa de aumento, poco podía verse, aunque uno podía darse cuenta de que allí estaban filmadas numerosas páginas de un libro. Me pareció que se trataba de un libro de cuentas, pero no lo pude asegurar, porque en aquel momento se hundió el edificio sobre mi cabeza.

CAPÍTULO VIII

Abrí los ojos y lo primero que vi fue el hermoso rostro de Mesalina.

Pero estaba aún muy aturdido, de modo que en el primer instante me pareció estar soñando.

Me volví de lado, encogiendo las piernas y sonreí, en tanto apoyaba la cabeza en las manos.

—¿Por qué me despiertan? —murmuré.

Mesalina me sacudió con fuerza.

—¡Tibby! ¡Que no estás durmiendo! ¡Escúchame! ¡Tibby, que soy yo! ¿No me oyes?

Abrí un ojo.

—¡Mira que hay ganas de fastidiar el sueño de la gente...! —Y de pronto, terriblemente sobresaltado, me senté en el suelo—. ¡¡Mesalina!!

Ella asintió. Todavía tenía sus bonitos ojos llenos de lágrimas.

—Tibby —murmuró—. ¿Te encuentras bien?

Me llevé la mano a la nuca.

—¿Has sido tú la que me ha golpeado? ¡Oooh, cómo duele! —me quejé, llevándome la mano a la nuca.

—Anda, Tibby —dijo, tomándome por debajo de los brazos—, levántate. Haz un esfuerzo hombre.

La insistencia de la muchacha terminó por dar sus frutos. Ayudado por ella, conseguí caminar unos cuantos pasos hasta desparramar mis molidos huesos en un diván.

Mesalina salió de la habitación y volvió a los pocos momentos con un vaso mediado de un líquido ambarino.

—Toma —dijo—, bebe. Esto te hará bien.

Ingerí el licor a pequeños sorbos, con el fin de aumentar su eficacia. Al cabo de unos momentos, empecé a sentirme mucho mejor.

La miré con recelo.

—¿Me golpeaste tú, muchacha?

—No. Cuando llegué, hace tan sólo unos minutos, estabas tendido en el suelo. ¡Qué susto me diste! En el primer momento, creí que te habían matado... Pero ¿qué te pasó? Cuéntamelo, Tibby, no me tengas sobre ascuas.

—No sé... Vine aquí porque pensé que podía encontrar los motivos por los cuales fue asesinada la Laurel. Y, efectivamente, los encontré. Pero antes de que pudiera examinar una tira de película que había encontrado, alguien me golpeó y... Oye, ¿tú no has visto un trozo de cinta de película de casi un metro de longitud?

Sus rubios cabellos se movieron de un lado para otro al mover la cabeza en ademán negativo.

—Es la primera noticia que tengo de ello —me respondió.

Me retorcí las manos de rabia.

—¡Maldita sea! Una vez que encuentro algo... y va y viene un tipo al que no conozco ni he visto siquiera... y me lo quita... Y menos mal que me ha dejado el pellejo...

—Cuando yo salía del ascensor, vi alguien que descendía corriendo las escaleras.

—Sería él, con toda seguridad. ¿Te fijaste en algún detalle particular que pueda darnos una pista?

—En absoluto, querido. Iba muy preocupada con...

Fruncí el ceño.

—Oye, oye, ¿qué diablos de idea te dio de venir aquí, casa de la Laurel?

—La misma que a ti, supongo. Encontrar alguna, pista que pueda ayudarnos en nuestras investigaciones.

Me llevé la mano a la nuca, en donde se notaba un chichón del tamaño de un huevo de paloma.

—Yo ya la encontré —dije, quejumbroso—, pero el otro fue más listo. Le hice el trabajo y se me la llevó. ¡Qué granuja!

—Él pudo decir lo mismo de ti. ¡Vaya un detective! ¿Cómo pudiste descuidarte tanto?

—¿Qué quieres que te diga? No sospeché que pudieran venir a atacarme.

—Pues debías haberlo pensado. Conmigo, ya somos tres las personas que hemos venido a parar al mismo sitio. Esto, sin contar

la policía, que deben haber sido los primeros que llegaron.

Me puse un cigarrillo en la boca y aspiré el humo.

—Total —dije—, que estamos casi como al principio.

—Al menos sabemos que Aida guardaba aquí algo comprometedor.

—¿Para quién?

—Para el que la asesinó —dijo Mesalina, mirándome fijamente.

—¿El... o la...? Recuerda que en la casa había también una mujer, aparte de la dueña.

—¿Te refieres a Valeria Really? —Mesalina agitó la mano desdeñosamente—. ¡Bah! Esa mosquita muerta no mataría ni un pajarillo con anestesia.

—Las mosquitas muertas son las peores de todas. Están años y años sonriendo monjilmente y diciendo sí a todo, y de repente explotan y barren con todo cuanto se les pone por delante. No, no me fiaría yo de esa tontita. Acuérdate las frases tan cariñosas que le dedicó a la abominable después de la presentación del primer día.

Mesalina hizo una mueca.

—¡Hum! Puede que tengas razón —dijo.

—La tengo —respondí con firmeza. Me puse en pie—. Larguémonos de aquí; ya hemos permanecido demasiado tiempo en esta casa.

—¿Qué piensas hacer ahora, Tibby?

—Lo primero, comer. Estoy casi sin desayunar, y el estómago me protesta alarmanamente. Después... no lo sé; lo pensaré mientras como.

Mesalina me miró y se echó a reír.

—¿De qué te ríes tú? —preguté, con cara de pocos amigos.

—De ti y de la facha que presentas —dijo tan fresca—. ¡Vaya, pero si no te reconocería el autor de tus días! A mí me costó lo mío, no creas. Y ante la duda, eché un vistazo en tu cartera y así me convencí.

—¡El autor de mis...! —Me pegué una palmada en la frente—. ¡Oh, Dios mío, ya me había olvidado de ello!

—Tibby, ¿qué te pasa ahora? —exclamó la chica, súbitamente alarmada—. ¿Qué sucede?

—La señora Marvis... Se me ha fugado...

Los ojos de Mesalina se dilataron de espanto.

—¡Tibby! ¿Estás seguro de lo que dices?

—Ojalá me equivocase —repuse con lúgubre tono; y acto seguido, le conté todo lo que me había pasado desde que salimos de la mansión de la vieja.

Al concluir, ella lanzó un largo silbido.

—¡Pues sí que nos hemos metido en una buena complicación! —exclamó—. Tibby, ¿en qué estabas pensando?

Traté de defenderme.

—Dormía como un leño y ella no me despertó. Ten en cuenta todo... mi cansancio... la cuchillada... ¿Cómo diablos iba a suponer que ella se lanzaría a la calle a investigar por su cuenta? Y vestida de hombre, nada menos.

—Ése es un tanto a nuestro favor, Tibby. Al menos, no la encontrarán.

—Sí; pero vete a saber las barbaridades que cometerá. Aunque parece muy resuelta y enérgica, y en realidad lo es, no está acostumbrada a moverse de un lado para otro. Prácticamente, hace casi veinte años que no se mueve de su casa de Teaneck. Aquí... el barullo de la ciudad la aturdirá...

Mesalina soltó una risita.

—Ten cuidado no sea ella la que aturda a la ciudad con sus fechorías. Puedes dejarla sola, que no se perderá. Y ahora, salgamos...

—Un momento, guapa. Tendremos que hacerlo separados. A ti te interrogó la Policía, ¿verdad? —asintió y continué—: He visto tu fotografía en los periódicos. No quiero que un policía demasiado listo te reconozca y por el hilo empiece a sacar el ovillo, que soy yo.

—Tienes razón, Tibby —dijo. Me puso las manos en los hombros, se alzó de puntillas y juntó suavemente sus labios con los míos.

Pero yo no iba a dejar pasar aquella ocasión. Aun con una sola mano válida, tuve suficiente para rodearla estrechamente el talle y oprimirla con fuerza contra mí. Entonces sus brazos iniciaron un lento movimiento de ascenso y se anudaron detrás de mi nuca.

Permanecimos así unos momentos, hasta que ella se retiró, sofocada y sin aliento, pero con los ojos brillantes.

Sonrió.

—Creo que resultarás un buen maridito —dijo, y dio media

vuelta antes de que pudiera atraparla de nuevo.

Permanecí allí durante un cuarto de hora, tiempo que estimé más que suficiente para considerarla muy lejos de mí. Entonces descendí a la calle y me lancé a la búsqueda del restaurante más cercano.

Cuando comí había ganado al menos tres kilos de peso. Tuve que aflojarme el cinturón, pues estaba próximo al estallido.

Satisface la cuenta y busqué una cabina telefónica. Llamé al hotel, en donde me dijeron que el «señor Tatham» no había regresado todavía. Salí a la calle, furioso y despechado y, sobre todo, bastante desconcertado.

¿A dónde diablos había ido la vieja? Y, sobre todo, ¿qué era lo que trataba de hacer?

Entre todas estas cosas, ya había pasado el mediodía y estábamos a mitad casi de la tarde. Dispuesto a descansar un rato, me metí en un cine de actualidades, en donde estuve media hora escasa.

Salí como una bala, dispuesto a poner en práctica una idea que se me había ocurrido. Pero no quería hacerlo solo; necesitaba un acompañante que me cubriera las espaldas en tanto ejecutaba aquella tarea, pues no sentía el menor deseo de que me volvieran a golpear la nuca o quién sabe si no recibir una puñalada en la espalda.

Llamé a *Antonio's*. Mesalina no estaba. Dejé recado de que me esperase allí y luego, sin moverme de la cabina telefónica, busqué un nombre en la guía telefónica.

Mi corazonada resultó un éxito. Estuve a punto de bailar de alegría, pero me contuvo el respeto a los presentes. Anoté la dirección impresa en la guía, después de lo cual y en vista de que ya no podía hacer nada, me dirigí al *Antonio's*.

Pedí una mesa alejada de la entrada, pero lo suficientemente bien situada para poder ver la puerta, y me hice servir un *Martini*, que tomé a pequeños sorbitos.

Tuve que consumir otro antes de que viera entrar a alguien por la puerta. Naturalmente, no me esforcé en esconderme; el disfraz que llevaba era demasiado perfecto para cometer semejante tontería.

Sócrates Skavic se sentó en una mesa y pidió la cena. Me

sorprendió su parquedad, pero hube de comprenderlo al advertir que se lo tenía que pagar de su bolsillo. Comió con parsimonia, sin separar los ojos de la puerta apenas.

Era evidente que el tipo esperaba a alguien. Y yo esperaba a Mesalina, por lo que rogué que la chica no viniese, pues podía comprometerme el que me viera alguien conocido con ella. Antonio, el dueño del restaurante, no diría nada; pero Skavic sospecharía de mi apenas la viese sentarse a mi lado.

Como media hora más tarde, un nuevo individuo hizo su entrada en escena. El tipo tenía un aire furtivo y huidizo que no presagiaba bondad de espíritu, precisamente. Con aire casual pidió permiso a Skavic para sentarse en su mesa, a lo que el poetastro accedió de inmediato.

Los vi cenar de modo indiferente. El poeta, naturalmente, terminó antes y pidió la cuenta. El camarero se la dio y Skavic pagó, añadiendo una propina.

Entonces el otro alargó su servilleta hasta colocarla casi en el sitio del poeta. Éste tenía allí el tabaco y las cerillas, que por unos instantes quedaron ocultos bajo el paño. Levantó éste y tomó los objetos citados.

Pero el truco no podía engañarme. El recién llegado acababa de entregarle algo a Skavic. ¿La tira de celuloide filmado?

El poeta se guardó el tabaco y las cerillas en el bolsillo. Murmuró un cortés «buenas noches» a su accidental compañero de mesa y se dispuso a salir.

Entonces pagué mis consumiciones y me puse en pie. Tenía que seguir a Skavic. Eché a correr hacia la puerta.

Cuando salí vi al poeta que tomaba un taxi. Levanté la mano para llamar a otro, pero no pude completar el gesto.

—Le conviene más usar el otro coche, ese negro que está frente a usted —dijo una voz bronca, de tonos siniestros, al mismo tiempo que sentía en mi espalda el contacto de algo duro.

Miré el coche mencionado. Estaba parado junto al bordillo de la acera y había dos hombres en su interior. Uno de ellos era Hunt Russell.

El promotor tenía en la mano una pistola, de tal modo, que sólo la podíamos ver él y yo. Me miró de modo inquisitivo, a lo cual sólo pude responder con un movimiento afirmativo de cabeza.

El gorila que estaba detrás de mí me empujó suavemente al coche. Penetramos en él y su conductor lo hizo arrancar de inmediato. Entonces fue cuando comprobé con asombro que el tipo que me había amenazado no era el mismo que había entregado el film a Skavic y que el chofer del auto era nada menos que Largssen.

La verdad, me entraron escalofríos.

Media hora más tarde, el vehículo se detuvo ante un viejo almacén abandonado, o así lo parecía, junto a uno de los muelles. El suelo estaba brillante por la humedad y en uno de los ángulos del almacén lucía una purulenta bombilla que iluminaba melancólicamente el poco grato escenario.

—Bájese, fisgón —dijo Russell—, y recuerde que las balas corren siempre más que las piernas.

Obedecí. «Cebollas» se me acercó con una sádica sonrisa pintada en el rostro. Me encogí instintivamente, creyendo iba a golpearme, pero el tipo sólo quería desdentarme, quiero decir, llevarse mi pistola. Se la guardó.

—No te asustes, guapo —dijo—. Los palos vendrán más tarde. Se disfrazó bien, ¿eh, jefe?

Hunt lanzó un gruñido.

—Basta de comentarios, Largssen. Vamos adentro.

El coche quedó allí, junto al gran portón de acceso al almacén, al cual se penetraba cuando no estaba abierto aquél, por una puertecita practicada en el mismo.

La carpeta había pasado ya a poder de su dueño. Al penetrar dentro del almacén, Largssen dio la luz, iluminando un tétrico espacio a medias lleno de unos grandes cajones de madera con rótulos de maquinaria agrícola y elementos diversos para la misma. Los miré con suspicacia, en tanto cruzábamos los espacios libres en dirección a una escalera voladiza adosada a la pared, que conducía a una especie de semidesván instalado a unos diez metros del suelo.

Russell subió el primero, yo a continuación y después los dos gorilas. Llegamos a un rellano en el que concluía la escalera y que daba a una puerta que abrió el primero de los mencionados.

Pasamos a una amplia habitación, en la que había un par de ficheros de buen tamaño, una mesa de despacho, un diván y un par de sillas. Una sola lámpara pendiente del techo servía para la iluminación y en un lado se veía un lavabo con un grifo. No había

otro hueco que la puerta de entrada, que el otro pistolero se encargó de cerrar cuidadosamente.

Russell cejó descuidadamente la carpeta sobre la mesa y se volvió para mirarme. Lo hizo fijamente durante unos segundos y luego su vista se desvió ligerísimamente a alguien que se hallaba a mis espaldas.

Instantáneamente, un trueno atronador estalló dentro de mi cabeza. Sentí que las piernas se me doblaban, pero no llegué a percibir el contacto de mi rostro con el frío pavimento de concreto.

Cuando me desperté, creí que me ahogaba, pero esto no era más que la sensación subjetiva del agua que me estaban arrojando encima para despertarme. Tosí y estornudé, tratando de sentarme en el suelo, en tanto que la nuca volvía a dolerme otra vez de modo atroz.

Oí a Russell que reprendía al gigante.

—No emplees toda tu fuerza, pedazo de bestia. De lo contrario, lo tendremos desmayado cada vez que le hagamos una pregunta.

«Cebollas» trató de excusarse.

—Lo siento, jefe; no hice más que tocarle así y el tipo se cayó solo.

—Está bien. Ponlo en pie. Quiero hablarle.

«Cebollas» me levantó a pulso con una sola mano. Era fenomenal su fuerza. Me sostuvo en tal postura, en tanto que Russell se enfrentaba conmigo, a un metro de distancia.

—¿Dónde está? —preguntó.

—No le entiendo, Russell —dije.

¡Slash!

El revés de su mano se estrelló contra mi boca. El labio inferior empezó a sangrarme.

—No te hagas el desentendido. Demasiado bien sabes a lo que me refiero.

—Le aseguro que no falta nada de la carpeta. Al menos —añadí —, de lo que había cuando se la quité.

—Estás mintiendo, bastardo. ¡Squilly!

—Sí, jefe —contestó el otro pistolero, avanzando hacia mí.

—Repítele mis preguntas... según mi método, tú ya sabes. Largssen, sujétalo bien.

—O. K., jefe —repitieron los dos pandilleros casi al unísono.

Las poderosas zarpas del gigante me inmovilizaron totalmente. Entonces, el llamado Squilly me desabrochó la chaqueta, dejándome el estómago libre y sin protección.

Retrocedió un paso y cargó sobre mí. Su puño se clavó en mi vientre, causándome una intolerable náusea. Un grito de dolor se escapó involuntariamente de mis ensangrentados labios.

—Dentro de la carpeta había una tira de película —exclamó Russell—. ¿Dónde la has guardado?

—Le digo que... —Pero no pude seguir adelante; Squilly me había descargado otro puñetazo en el mismo sitio que me dejó casi sin conocimiento.

—Refréscale un poco, a ver si así se le avisa el cerebro —gruñó Russell.

Squilly llenó un vaso con agua y me lo arrojó por el rostro. Sacudí la cabeza, esparciendo las gotas del líquido a mi alrededor.

Las manos del gigante eran un dogal que me impedían el menor movimiento. Vi que el pistolero cargaba de nuevo hacia mí.

En aquel momento resolví que no me dejaría pegar más, en tanto conservara un adarme de fuerza. Hice un esfuerzo y levanté las dos piernas en el aire.

Sorprendido por mi inesperada reacción, «Cebollas» me mantuvo en vilo unos segundos, creyendo que iba a caerme. Pero mis intenciones, en realidad, eran muy distintas.

Había levantado las piernas justo en el instante en que Squilly se tiraba a fondo por tercera vez. Hice una preciosa tijereta y mientras que con el pie izquierdo desviaba su puño, con el derecho le golpeaba despiadadamente en el bajo vientre.

Squilly lanzó un aullido y se retiró a lugar seguro, agarrándose la tripa con ambas manos. Sonreí, a pesar de tener los labios hinchados.

—¿Quiere usted otra dosis de lo mismo, Russell?

El representante me miró torcidamente durante unos segundos. Después, sus ojos se iluminaron con un brillo siniestro que me heló la sangre en las venas.

—Largssen, échalo al suelo boca abajo y procura que no mueva ni un solo dedo, ¿estamos?

El gigante obedeció sin rechistar. Me puso una de sus rodillas en la espalda y creí que me iba a quebrar todas las costillas de un solo

golpe.

Oí el chasquido de una navaja de muelles al abrirse de golpe. Un gélido sudor me brotó al instante de todos los poros de mi piel.

Sentí que Russell se arrodillaba a mi lado, por el costado izquierdo. Percibí claramente el rasgón de la manga de mi chaqueta, con lo que el brazo de aquel lado quedó al descubierto.

—Pues sí —dijo—, resulta que Connie le agujereó el pellejo. Yo creía que estos fisgones privados resultaban inmunes a las balas y a las cuchilladas, pero mira por dónde, este que tenemos aquí se dejó acuchillar por un tipo tan canijo como Connie... Vamos a verle la herida; quizá necesite atenciones médicas.

Lancé un gruñido de protesta.

—Tápale la boca, Largssen —gruñó Russell, y al instante la manaza del escandinavo me cerró férreamente la boca.

La hoja de acero cortó el precario vendaje que me había puesto la señora Marvis. La herida quedó al descubierto.

—¡Hum! —masculló el rufián—. Esta cuchillada tiene muy mal aspecto. Será preciso hacerle una cura...

A pesar de la mano de «Cebollas», un ronco grito brotó de mi garganta al sentir en la herida un lancinante dolor que me recorrió todo el brazo hasta el cerebro, pareciéndome como si me hubiesen apuñalado los sesos.

Me retorcí, intentando liberarme de mis captores, pero fue absolutamente inútil. Squilly se había recuperado en parte y coadyudaba, sentado encima de mis piernas.

La hoja de acero se revolvió dentro de mi herida, colocándome el dolor al borde del colapso. Y mientras yo me retorcí de dolor, aquellos forajidos reían a mandíbula batiente.

—Déjale suelta la boca —ordenó Russell.

Solté un pavoroso aullido cuando el cuchillo hizo de berbiquí dentro de la herida. Noté el calorillo de la sangre que corría por el suelo y pensé que iba a desmayarme.

Russell suspendió por un momento el «tratamiento».

—Vamos a ver, pesquisa, ¿quieres decirnos de una vez dónde diablos está...?

El rufián calló de repente, porque Squilly acababa de lanzar un grito.

—¡Cuidado, jefe!

En aquel preciso instante estalló un disparo.

Hice un escorzo y pude ver el gesto de sorpresa que acababa de aparecer en el rostro de Russell, junto con un redondo orificio en el pómulos, bajo el ojo izquierdo.

Mantúvose de rodillas unos segundos, balanceándose apenas de derecha a izquierda, y luego se desplomó como un saco hacia su izquierda.

Entonces oí una voz que me pareció campanas repicando a gloria.

—¡Vosotros, fuera de ahí! ¡Al primero que mueva un dedo le asaré vivo!

La presión sobre mis costillas y piernas desapareció al instante.

—¿Puedes ponerte en pie, cariñín?

—Sí... —jadeé—, creo que sí... —Y todavía estaba de rodillas cuando advertí que aún tenía el cuchillo clavado en la herida.

Lancé un rugido de rabia y de ira loca. Aquello me hizo perder los estribos y el dominio sobre mí mismo. Con gesto rápido me arranqué el acero de la mano, abalanzándome sobre Largssen.

Mesalina exhaló un grito.

—¡No, Tibby, no!

CAPÍTULO IX

Supongo que debía ofrecer un repugnante espectáculo, después del maltrato sufrido. Pero la cólera y el dolor me cegaban y no estaba apenas en condiciones de atender ninguna indicación.

El rostro del gigante se cubrió de una capa de gris ceniza al ver que me echaba encima de él con el cuchillo en alto. Indefenso como estaba, cubierto por la pistola que tan acertadamente había usado la muchacha, no atinaba a reaccionar.

En el último instante, el grito de Mesalina me volvió parcialmente a la razón.

—Tibby, no puedes matar así, a sangre fría —me dijo.

La miré con expresión sardónica.

—¿Y cómo te figuras que la tengo ahora? —exclamé, levantando ligeramente el brazo izquierdo, cubierto de sangre desde el codo a la mano.

—Sea lo que sea, yo he disparado contra Russell por evitar que te atacara. Pero tú no puedes matar a ese hombre si no es en propia defensa.

Hice crujir mis dientes, en tanto miraba a «Cebollas», por cuya frente corrían gruesas gotas de sudor.

—De todas formas —dije—, no quiero que te vayas de vacío. Ahora te conocen por tu tipo gigantesco. De ahora en adelante, te conocerán por algo más.

Salté hacia él y moví el cuchillo de arriba abajo rápidamente. Largssen aulló al sentir su mejilla cortada desde la sien a la barbilla.

El brazo herido me pesaba como si fuese de plomo. Pero todavía no había terminado.

Me acerqué a Squilly.

—No te pregunto nada, porque sería tanto como perder el tiempo. Russell no era hombre que compartiera los secretos con tipos como vosotros.

—No... no sé nada... —balbuceó el individuo, lívido de espanto. Tiré el cuchillo a un lado.

—Tienes suerte que me haya dado compasiva; de otro modo, te llenaría las tripas de plomo aquí mismo —y levantando el pie, le golpeé de nuevo el vientre.

Squilly se dobló, gimiendo agudamente. Levanté la mano y la dejé caer de filo, con todas mis fuerzas, sobre su nuca. El rufián se desplomó como una masa.

Luego miré mi brazo. Estaba hecho una lástima.

—¿No tienes por ahí un pañuelo? —pregunté.

—Toma la pistola —dijo la chica, entregándome el arma. Levantó su falda, enseñándome unas piernas preciosas, cosa que en aquel momento no pareció importarle mucho, y se rasgó las enaguas.

Hizo un par de tiras y me vendó el brazo, limpiándome luego el resto de la sangre con agua que trajo del lavabo, sin que durante todo aquel tiempo dejase de encañonar al gigante.

Al terminar, recogí de nuevo la carpeta. Me llevé también las armas de aquel trío de facinerosos, uno de los cuales había concluido su carrera de crímenes, depositándolas en el amplio bolso de Mesalina. Ahora sabía por qué me había dolido tanto el día que me pegó él; siempre había llevado una pistola en su interior y, a juzgar por su tamaño, de calibre 45.

Dejamos allí al gigante ocupado en curarse el corte y en pensar qué diría a la Policía cuando le encontrasen con un cadáver, y nos dirigimos a la salida.

—Nos haría falta un coche —dije.

—Tenemos uno —repuso Mesalina, señalándome el de los bandidos.

—¡Cómo! No me irás a decir que has venido a pie, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, en tanto se sentaba tras el volante. Yo lo hice a su lado y relajé mi cuerpo en el mullido del asiento. Estaba literalmente hecho polvo.

—Llegaba al *Antonio's* cuando vi que te metían a la fuerza en el coche. Entonces dije al conductor del taxi que os siguiera y...

—Tuviste una idea maravillosa, preciosidad —dije—. ¿Has averiguado algo esta tarde?

—Nada, excepto que hace diez minutos, es decir, antes de entrar

en el almacén, el «señor Tatham» no había aparecido aún por el hotel.

—¿Dónde se habrá metido esta condenada vieja? —mascullé, hurgando con la mano derecha en mi bolsillo en busca de tabaco.

Encontré un paquete, entero, que tuve que abrir con los dientes. Extraje un cigarrillo y le prendí fuego, aspirando el humo con verdadera delicia.

—Bueno —preguntó Mesalina cuando estuvimos a buena distancia del almacén—, ¿puede saberse a dónde vamos?

Entre bocanada y bocanada de humo, le di una dirección.

Mesalina me miró recelosamente.

—¿A quién esperas ver ahí?

—A un individuo que va a revolucionar la poesía. Concretamente, a Sócrates Skavic.

Mesalina se sobresaltó tanto que estuvo a punto de perder la dirección del coche.

—¿Para qué quieres ver a ese atadijo de huesos? —refunfuñó.

—Porque tiene algo que me interesa sobremanera y por lo que he estado recibiendo tantas bofetadas en estos últimos días. Ha llegado él tan campante y se lo llevó sin despeinarse ni una sola pestaña. Gracioso, ¿eh?

Mesalina gruñó algo entre dientes. Pero no la hice caso.

—Despiértame cuando hayamos llegado —dije, apoyando la cabeza en el respaldo.

No tardó más allá de media hora en hacerlo. Frenó en una de las calles altas de la ciudad, en la vecindad de Harlem.

—¿Es aquí? —preguntó, mirando suspicazmente el sombrío edificio.

—La guía telefónica no suele mentir. Baja, guapa —dije, empujándola.

Salimos del coche y nos metimos en una casa de tétrica apariencia, cuya escalera, en espiral, estaba protegida por una gruesa barandilla de roble que había resistido impunemente el paso de los años. No tenía ascensor y nos vimos obligados a subir a pie los cuatro pisos que nos separaban de nuestro objetivo.

Finalmente nos detuvimos ante una puerta. Rebusqué en mis bolsillos tratando de hallar la tira de celuloide que tan buenos resultados me diera en otras ocasiones, pero no hizo falta.

Mesalina, curiosa, había tocado la puerta con la mano. La puerta cedió en silencio, entreabriéndose unos centímetros.

Nos miramos a la vez, curiosos e intrigados. Del interior del apartamento brotaban unos sonidos un tanto extraños que en un principio no supimos identificar.

Acerqué mi boca a su oreja.

—Dame una de las pistolas —dije.

Ella asintió con leve movimiento de cabeza y metiendo la mano en el bolso, extrajo el arma. La empuñé con decisión y con el hombro derecho terminé de abrir la puerta.

Pasamos al interior. Había un cochambroso vestíbulo, cuya alfombra se veía raída y agujereada en más de un sitio. Estaba desierto, por lo que sin dejar de omitir ninguna precaución, pasamos a la pieza inmediata.

Los sonidos continuaban. El comedor estaba también desierto. La puerta que daba a la cocina estaba abierta de par en par, lo que nos permitió advertir que en aquella pieza no había nadie.

Pero la puerta frontera estaba casi cerrada y de ella era de donde salían los ruidos.

Miré a Mesalina con aire cómplice. La muchacha movió la cabeza afirmativamente, y luego, con gesto rápido, pegó un puntapié a la puerta, echándose rápidamente atrás y escudándose con mi cuerpo.

En el mismo momento levanté la mano armada e irrumpí en la estancia.

—¡Manos arriba todo el mundo! —grité truculentamente antes de advertir lo baldío de mi intimación.

Mesalina y yo nos quedamos estupefactos al ver el singular cuadro que se nos ofrecía a su vista. Entonces empecé a dudar de la inocencia de la señora Marvis.

Jerry Slake yacía sobre un pringoso lecho, en medio de un charco de sangre que le brotaba por una herida abierta en el centro de su pecho. A su lado, es decir, sentada al final de la cama, estaba Marpha Marvis con el arma homicida en la mano, una navaja de resorte, idéntica a la que me había clavado el pistolero de Russell en el brazo.

Marpha abría y cerraba su boca, emitiendo unos gemidos ininteligibles. Sus ojos miraban a la lejanía y no supo reconocernos

en el primer instante.

—¡Cielos! —exclamé—. ¡Se lo ha cargado!

Toqué el pulso de Slake, después de haber guardado la pistola. No latía, pero conservaba aún todo el calor de su cuerpo, lo cual decía bien a las claras que la muerte se había producido pocos minutos antes.

—Atiende a la mujer —dije, en tanto iniciaba un metódico reconocimiento del lugar del crimen.

Mi búsqueda dio su recompensa unos minutos más tarde. Casi bajo el lecho encontré un rubí de buen tamaño y magnífico tallado, cuya presencia allí me representó en los primeros momentos un auténtico misterio.

Después de advertir que allí ya no encontraría nada más, regresé junto a la muchacha. Mesalina había sentado a la vieja en una silla y estaba tratando de hacerla ingerir un poco de licor.

Arrojé el rubí sobre la mesa. Miré a la chica.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Mejor. Parece que va recobrándose, Tibby.

Marpha me miró con gesto ausente, vacuo. Todavía tenía las mejillas húmedas de las lágrimas que le habían corrido por ellas.

—Mesalina.

—¿Sí, Tibby?

—Si ha sido ella la autora de la muerte de Slake, no podremos seguir ocultándola. Tendremos que dar cuenta a la Policía.

La muchacha meneó la cabeza.

—Ella no ha sido.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí, muy sorprendido.

—Acaba de decírmelo. En realidad —añadió—, es lo único que sabe decir.

—¡Hum! —exclamé—. Eso no me convence.

—¿Por qué lo iba a matar ella? No tenía ningún motivo para desear la muerte de su propio marido.

Solté una risita irónica.

—Te asombraría conocer el número de mujeres casadas que desean ardientemente la muerte de su pareja. ¿Habría de ser la señora Marvis una excepción?

—Sea como sea —contestó resueltamente Mesalina—, yo te afirmo que ella no pudo matarle.

—Tendrás alguna base más sólida que tus propios presentimientos para confirmar lo que acabas de decir, ¿verdad?

Se mordió los labios.

—No sé... pero estoy segura de que no lo hizo. La señora Marvis es mujer de lengua afilada, pero que no pasa a vías de hecho, al menos en este sentido.

—Bien, entonces, ¿quieres decirme quién fue el asesino? Cuando llegamos aquí, ella estaba a los pies de la cama. Tenía el puñal en la mano, todavía lleno de sangre... Slake, es decir, su cuerpo, aún está caliente... ¿Qué más quieres que te diga?

En aquel momento habló Marpha.

—Yo no he sido, Tibby —me dijo.

La miré. Resultaba patéticamente pequeñita dentro de su traje masculino y su aspecto llamaba a la compasión, pero no había que olvidar su mal genio consuetudinario ni la energía de su carácter. Éstos eran dos factores que había que tener muy en cuenta antes de emitir cualquier juicio sobre su culpabilidad o inocencia.

—Bien —exclamó—, denos entonces su versión sobre los hechos.

La anciana se pasó la mano por la frente, como si quisiera alejar de ella los malos pensamientos. Luego alargó la mano.

—Dame más *whisky*, Mesalina.

La muchacha accedió, llenándole el vaso. Marpha despachó casi la mitad de un trago y sus mejillas adquirieron un poco de color bajo el influjo del alcohol.

—Llegué aquí hace poco rato... apenas cinco minutos antes que ustedes... Recibí una impresión terrible, tanto, que sin darme siquiera cuenta de lo que hacía, me precipité a ayudarlo... Cogí el cuchillo y tiré de él... Dios mío, qué horrible... Brotó un chorro de sangre y entonces... Jerry se estremeció. Yo creía que ya estaba muerto, pero el gesto debió estimularle...

Marpha despachó el licor que restaba de un solo trago y continuó:

—Abrió unos ojos como platos... Quiso decirme algo, pero le fallaron de repente las fuerzas y se derrumbó hacia atrás...

Me incliné ansiosamente hacia ella.

—¿Pudo entenderle algo?

—No... ni siquiera habló...

—¿Sospecha usted de alguien?

Marpha me miró un tanto aturdida.

—No... no tengo la menor idea de quién puede haber sido.

—¿Qué ha estado haciendo durante todo el día?

Señaló con la cabeza hacia el cuarto vecino.

—Le buscaba... y al fin lo encontré.

—¿Por qué supo que debía estar aquí?

—Skavic y él eran muy amigos... Fue el último sitio en donde se me ocurrió buscarle.

Arrojé el rubí que había recogido bajo la cama sobre la mesa.

—¿Conoce usted esta gema? —pregunté.

Marpha la tomó con el índice y el pulgar y la examinó curiosamente durante unos segundos.

—Parece... como si fuera alguna de las que había en mi camafeo o en el puño del bastón.

—Lo es —aseguré firmemente—. Se le cayó aquí al asesino de Slake.

Mesalina exhaló un grito de asombro.

—Así, pues, Tibby, tú ya no crees en ella como la asesina.

Sacudí la cabeza con violencia.

—No. Es más, desde aquí podría señalar al autor de todos estos crímenes... —Me guardé de nuevo el rubí en el bolsillo de la chaqueta—, pero antes tendríamos que encontrarlo y someterlo a interrogatorio para que nos lo confirmase él mismo.

—¿Y tú crees que querría hablar?

—Por supuesto —contesté con risa dura—, si yo le obligo.

—Bien, pues entonces, vamos a buscarle. Señora Marvis, venga con nosotros.

La anciana se puso en pie. Mesalina la tomó por el brazo para ayudarla a caminar.

—Tibby, ¿dónde está el asesino?

—En este momento se halla camino de la mansión de la señora Marvis —contesté resueltamente.

—¡Eh! —Se sobresaltó la muchacha—. ¿Por qué lo aseguras tan rotundamente?

No pude contestar; el aullido de una sirena que aumentaba de volumen a cada segundo que transcurría interrumpió mi posible réplica.

CAPÍTULO X

En un segundo tomé mi decisión.

—¡La policía! ¡Ese bandido la ha avisado para cogernos en la trampa!

—¿Qué hacemos, Tibby? —exclamó la muchacha, angustiada.

—Deje que suban —dijo Marpha—. No tengo nada que ocultar y lo único que deseo es que todo esto se aclare cuanto antes.

—Ni hablar —exclamé con firmeza—. Si la policía nos echa el guante, no lo podremos esclarecer en todos los días de nuestra vida. Salgamos por la escalera de incendios. ¡Aprisa, aprisa!

Apagué todas las luces de la casa en dos manotadas. Mesalina ya había levantado el bastidor de la ventana que daba, a la escalera de incendios y estaba pasando al otro lado.

Nos juntamos los tres en el metálico rellano que había en el exterior.

—Yo iré primero —dije, empezando el descenso.

Al llegar a la altura del primer piso, me incliné. Tuve que hacerlo con una sola mano, pero conseguí colgarme del último tramo de la escalera, haciéndolo descender hasta el suelo. Lo solté cuando hubieron bajado las dos mujeres.

—¡El coche! —dijo Mesalina.

—Escucha esa sirena. Ya no tenemos tiempo.

—¿Entonces...?

—Tomaremos un taxi. Tenemos dinero suficiente. ¡Corramos!

El aullido de la sirena murió cuando nos alejábamos de la casa por un dédalo de sucias callejuelas, llenas de perros vagabundos y cubos repletos de desperdicios. De pronto me fallaron las fuerzas y caí de rodillas al suelo.

—¡Tibby! —gritó Mesalina.

Me incorporé pesadamente.

—No te preocupes, nena —sonreí con esfuerzo—. Es... soy un

poco débil, pero no ha pasado de un simple mareo. Vamos.

Salimos bien pronto a una calle más transitada, en donde nos detuvimos en espera de un taxi, que no tardó en aparecer.

Al detenerse el coche me enfrenté con el conductor, enseñándole un par de billetes de veinte dólares.

—¿Ve esto, amigo? —dije.

El taxista era un tipo vivo, sin duda.

—Por menos les llevaría hasta la luna —respondió sin titubear, apoderándose del dinero.

—Es un poco más cerca, hermano —dije, pasando al interior. Le di la dirección y luego me volví hacia la chica—. Mesalina, no me despiertes hasta que estemos a punto de llegar.

Me palmeó la cara suavemente.

—Buen muchacho, tú —dijo, cosa que me hizo ronronear como un gato.

Me retrepé en el asiento, apoyé la cabeza en el mullido del respaldo y me quedé dormido al instante.

Ya no me enteré de nada, hasta que la chica me sacudió con suavidad.

—Tibby, Tibby, despierta...

Enderecé mi molido cuerpo, dándome cuenta de que ya amanecía. A lo lejos divisé la grisácea mole de la mansión, envuelta aún en indecisa claridad del alba.

No tenía ganas de advertir nuestra llegada, de modo que hice parar el coche. Le entregué otros dos billetes y el conductor casi se entregó a los placeres de una danza ritual de guerra. Nos apeamos a un par de cientos de metros de la casa.

—¿Qué vas a hacer, Tibby? —me preguntó Mesalina escrutadoramente.

Saqué la 45 del bolsillo.

—Detener al asesino, naturalmente. Quédense aquí ustedes dos —ordené, echando a andar.

Franqueé la verja, procurando caminar por entre los árboles que rodeaban la mansión para hacerme visible sólo en el último momento. Pero pronto me di cuenta de que para llegar a la puerta de acceso tenía que atravesar un espacio libre y sin obstáculos de unos veinticinco metros de anchura.

Parado bajo la frondosa copa de un árbol estudié el terreno

antes de decidirme a proseguir adelante. Ya era de día claro y la luz del sol recién salido llenaba por completo el ambiente.

Inspiré fuertemente, dispuesto a lanzarme en una carrera que me permitiese atravesar el claro en unos segundos. Pero apenas había dado el primer paso, sonó un disparo.

La bala impactó a un metro de mis pies, arrojándome un puñado de gravilla a los pantalones. Frené en seco, levantando la mano armada.

Una voz de mujer me intimó a detenerme.

—¡Dix, quédese quieto dónde está o dispararé contra Silvanus!

Miré hacia una de las ventanas del piso bajo, que era de donde había partido la voz. Creí soñar al contemplar la escena que se desarrollaba ante mis ojos.

Valeria Really estaba en uno de los ángulos de la ventana, empuñando una pistola con la cual amenazaba a Silvanus, situado a un paso delante de ella con las manos en alto. Ambos se hallaban de perfil, aunque la secretaria volvía su rostro parcialmente hacia mí.

—¡Tire su pistola, detective! —exclamó la muchacha, y tras una corta pausa, agregó—: Bien lejos, que no pueda recuperarla con facilidad.

—Haga lo que le dicen —murmuró una voz a mis espaldas—. Silvanus es mi hijo.

Rezongué algo entre dientes y tiré la pistola a lo lejos.

—En cuanto eche la mano a esa mala pécora, le sacaré los ojos con las uñas —masculló rabiosa la vieja.

No contesté. Trataba de pensar, analizando fríamente la situación. Valeria era un factor imprevisto con el cual no había contado y ello me había desconcertado momentáneamente.

—Muy bien —dijo Valeria—. Ahora den media vuelta y lárguense. Contaré hasta diez. Si para entonces no lo han hecho, volaré la cabeza del chico, ¿estamos?

Empecé a retroceder.

—Tenemos que irnos, señora Marvis —dije.

—Esa individua va a matar a mi hijo —chilló la abominable.

—Cállese y actúe como le están ordenando —rezongué.

—Eso es lo mejor que pueden hacer en estos momentos —dijo entonces una voz nueva detrás de nosotros.

Me volví, enormemente sorprendido, viendo a un hombre con

un revólver en la mano. A su lado, pero escondido tras un seto, había otro con un rifle dotado de mira telescópica.

—¡Teniente Glasgow! —exclamé, lleno de estupor.

—El mismo —contestó el policía secamente—. Bien nos han hecho correr ustedes. Muchacho —se dirigió al del rifle—, tenga cuidado; hemos de salvar la vida del señor Marvis. Apúntele directamente a la cabeza, bajo la oreja si es posible; así impedirá una reacción nerviosa...

Lancé un grito que se me escapó sin poderlo detener.

—¡Imbéciles, no! ¡Van a matar a una inocente! ¡Ella no es la culpable!

Glasgow masculló algo entre dientes.

—¿No, eh? Y eso que estamos viendo, ¿qué diablos es? Vamos, muchacho tire ya...

Me arrojé sobre el otro policía, derribándolo por el suelo antes de que pudiera oprimir el gatillo de su rifle. El individuo empezó a jurar lo mismo que su jefe.

—Dix —aulló el teniente Glasgow—, esto ya pasa de la raya. Le voy a detener acusado de...

El policía no pudo continuar. Se lo impidió el estallido de un disparo qué acababa de sonar en la parte opuesta de la casa.

Coincidiendo casi con la detonación, sonó un agudo grito. Procedía de la garganta de Mesalina.

Me puse en pie, desenredándome del policía. Mesalina volvió a gritar.

Sonaron dos disparos más. Luego otros tres, éstos ya dentro de la casa, a juzgar por la diferente tonalidad de los estampidos.

Ya no lo dudé más. Eché a correr hacia adelante, olvidado de todo, y recogí la pistola que había tirado. Silvanus y Valeria habían desaparecido de la ventana.

Irrumpí en la casa como un alud. Franqueé el vestíbulo, pasando de dos saltos al comedor.

Un individuo apareció en la rampa superior. Tenía en la mano una pesada pistola automática y los ojos le brillaban con furor homicida.

Levanté mí «45». Disparé, pero la agitación de la carrera me hizo fallar el tiro. La bala pegó en uno de los rebordes curvos de la rampa, arrancando una lasca de cemento y se hundió en la pared,

tras un chillido agudísimo.

Skavic rió sonoramente. Apretó el gatillo.

Algo me quemó el muslo derecho. Las fuerzas me fallaron y caí de costado al suelo. La pistola se me escapó de la mano al tratar de apoyarme para reducir las consecuencias de la caída y resbaló lejos de mi alcance sobre el pulido pavimento.

El poetastro volvió a reír. Apuntó cuidadosamente hacia mí.

Me arrastré por el suelo, dejando un reguero de sangre. Jadeaba y sudaba, en tanto alargaba la mano útil, procurando alcanzar la pistola. Y mientras lo hacía no dejaba de mirar la boca de la pistola de Skavic, cuya mano seguía mi avance, como el cazador sigue con su escopeta el vuelo de la perdiz.

Estalló un disparo. Pero, ante mi infinito asombro, no procedía de la pistola de Skavic, sino de otra situada a mis espaldas.

El poeta se estremeció horriblemente. Se agarró el pecho con la mano izquierda en tanto que la derecha bajaba ligeramente.

Mantúvose así unos segundos. Luego haciendo un nuevo esfuerzo, volvió a apuntarme. Pero la otra pistola disparó nuevamente.

La bala penetró bajo la mandíbula de Skavic, saliéndole por la coronilla. El asesino se mantuvo en pie durante unos segundos, sostenido por los reflejos nerviosos de su cuerpo, que, sin embargo ya no obedecían a su voluntad. Después se inclinó hacia adelante.

Volteó muy lentamente sobre sí mismo, acelerándose su caída a cada segundo que transcurría. Cayó de espaldas sobre el estanque artificial, levantando una gran catarata de espumas y ya no se movió más.

Y entonces fue cuando las fuerzas me fallaron del todo y apoyé mi mejilla en el frío suelo de la estancia, perdido por completo el conocimiento.

Horas más tarde, tendido en un diván, ya curado y bastante repuesto de mis padecimientos pude terminar de desenredar el hilo de la complicada madeja.

Tenía ante mí un interesado auditorio, compuesto por la dueña de la casa, Silvanus, Valeria, el teniente Glasgow y un taquígrafo policial y, naturalmente, Mesalina.

La muchacha me sirvió una taza de café con coñac que me entonó notablemente. Glasgow me miró con ojos atravesados, en

tanto saboreaba la bebida.

—Vamos, Dix, explíquese de una vez. Le estamos esperando.

Dejó a un lado la taza y el platillo. Aspiré el humo del cigarrillo que Mesalina acababa de ponerme entre los labios.

—La verdad, una vez que ya se sabe, todo es bien sencillo de explicar. Todo empezó cuando Aida Laurel quiso casarse con el señor Marvis.

»La muchacha quería iniciar una vida decente y no se lo reprocho, aunque, claro está, si esa vida comenzaba con doce millones de dólares, mucho mejor. En tiempos antes de destacar como artista de “burlesque”, había sido mecanógrafa de confianza de Russell, pero como era muy lista, en cierta ocasión sacó una serie de comprometedoras fotografías de los libros secretos del que luego sería su representante artístico, una profesión con la cual Russell encubría sus otras actividades secretas.

»Al dar por seguro su matrimonio con Silvanus, Russell se dijo que era una buena ocasión para sacar una excelente tajada del mismo y la chantajeó. Pero Aida le sacó a relucir las famosas fotografías, desarmándole. Russell, sin embargo, no quedó muy conforme con ello y, enviando a Kolkee aquí, la hizo matar, aprovechándose de los resentimientos de la señora Marvis. Y luego, su asesino fue muerto por ese otro que acaba de morir, por Skavic, en una palabra. Me imagino que, una vez consumado el asesinato Kolkee fue a verle y se lo dijo. Entonces Skavic le hizo meterse en uno de esos ascensores y aprovechando un momento de distracción le clavó la aguja en el corazón. Tuvo que mantener el medallón unos minutos quieto porque, si no, Kolkee se lo hubiera arrancado con posibilidades de sobrevivir con una rápida intervención quirúrgica. Luego, Skavic envió el ascensor arriba y entonces fue cuando el cadáver cayó en mis brazos».

—Pero el cuerpo de Kolkee se encontró a siete millas de aquí —objetó Glasgow.

—Se lo llevaron más tarde. Yo lo escondí, pero ellos me lo quitaron para desconcertarme. El plan estaba maravillosamente calculado para que la señora Marvis apareciera como la autora de una muerte que había cometido Kolkee. Después de las cosas que había dicho y prometido hacer para evitar la boda de la Laurel con su hijo, a nadie podía extrañarle que hubiese matado a la artista en

un acceso de furor, cosa perfectamente explicable, después de la violenta discusión de la noche anterior. Pero no contaron con mi inesperada reacción, llevándomela de aquí a toda velocidad. Entonces empezaron a complicárseles las cosas. La policía podía sospechar de la señora Marvis y de mí como su cómplice, pero ellos sabían que yo no me dejaría engañar y que si me la llevaba era para investigar la verdad de todo.

—Eso quiere decir que Skavic y Russell eran aliados.

—Por parte de Russell, sí, pero no totalmente por la de Skavic, como lo prueba el hecho de que éste me arrebatase el trozo de film que había encontrado en casa de la Laurel. Así una vez se hubieran deshecho de nosotros dos, Skavic podría meterse con Russell, enseñándole el film completo, puesto que él sólo poseía una mitad hasta que yo encontré el otro trozo.

—¿Cómo supo usted que Skavic iba a volver aquí?

—Tuve tiempo de examinar la tira de celuloide y darme cuenta de que se hallaba rasgado a mitad de una de las fotografías. Esto me dijo que Skavic poseía el resto y que seguramente lo tendría aquí guardado. Volvió para buscarlo, pero no le dimos tiempo.

—Hasta ahora —dijo el policía—, no hemos encontrado más que la mitad correspondiente a la Laurel.

—Busquen entre sus papeles. Le vi un tomo de poesías encuadernado a mano, en cuero repujado. Levanten la piel; juraría que está allí.

Glasgow se levantó. Volvió a los pocos minutos con una tira de celuloide en las manos.

—Oiga, Dix, ¿es usted un brujo?

Solté una risita.

—No; solamente un conocedor de las debilidades humanas, teniente. Si Skavic hubiera conseguido las dos tiras, hubiera puesto en un aprieto a Russell y le habría obligado, incluso, a abandonar el saneado negocio que éste tenía montado, cuyos beneficios hubieran pasado íntegros a sus bolsillos. La poesía no era más que una tapadera para sus verdaderas actividades.

—Pero Russell le envió a dos de sus granujas a intimidarle a usted, Dix.

—No le interesaba que se deshiciera el matrimonio de la Laurel con Silvanus. A pesar de las amenazas de la artista, aún confiaba en

su ascendiente sobre ella y esperaba, pese a todo, sacarle una buena tajada. Cuando se dio cuenta de que todo sería inútil, entonces, de acuerdo con Skavic con quién había firmado una tregua momentánea, la hizo matar.

—¿Y Jerry Slake?

Miré hacia la anciana. Su rostro aparecía inescrutable.

—Skavic lo había convencido para que ingresase en sus filas, halagando su amor propio herido. Así podría ganar dinero en abundancia y Slake fue el que, espionando de continuo a su propia esposa, le dio la noticia de que había contratado un detective particular.

—No fue entonces —dijo sorprendentemente Mesalina—, sino cuando la señora Marvis me hizo llamar.

—¿Eh? —exclamé.

La chica asintió sonriendo.

—Fui secretaria de ella antes que Valeria. Pero un día me irritó y la envié al diablo.

—Es una chica con mucho genio —dijo la abominable—. Como a mí me gustan. Por eso volví a llamarla para pedirle me ayudase en lo de... en lo de... —se interrumpió bruscamente, bajando la vista y evitando enfrentarse con su hijo.

—¡Ah, traidora! —exclamé—. Ahora me explico por qué conocías tantas cosas de la señora Marvis.

Mesalina se echó a reír.

—Naturalmente. Y también sabía el momento en que te iba a llamar. Por eso aparecí en tu despacho en aquellos instantes.

La cogí por una mano y la atraje hacia mí, sin impórtame un bledo de los presentes.

—Tendrás que explicarme luego muchas cosas —dije, ceñudo.

—Todo lo que quieras, cariñín —dijo ella, acariciándose el cabello con la mano libre.

El teniente Glasgow carraspeó, llamándonos al orden.

—Escuche, Dix... y ahora, ¿puede saberse cuál es el lucrativo negocio al que se dedicaban Russell, Skavic y toda la banda?

—Contrabando de armas —dije—. Vaya al almacén del muelle 70 y vea allí los cajones de armas bajo la etiqueta de maquinaria agrícola. Y el film refleja con exactitud el movimiento de entradas y salidas hasta el instante en que la Laurel dejó de ser mecanógrafa

para convertirse en una artista del «burlesque».

—Pero no hay explicación lógica para el asesinato de Slake —objetó el policía.

—Sí la hay. A última hora se asustó. Y en esta clase de negocios, una vez se ha entrado en ellos, no hay marcha atrás posible. O se sigue adelante hasta el fin o... bueno, ya vieron lo que pasó. Y en cuanto vi la piedra preciosa caída al pie de la cama, supe ya con certeza que Skavic había sido el autor de todo. Quiso quedarse solo, y a punto estuvo de conseguirlo, pero lo perdió su propia codicia. Era tan avaro que no hubiera perdonado un solo centavo, cuanto más un rubí que vale un par de miles de dólares. Si miran el puño del bastón, verán que falta uno en la bola de marfil.

Glasgow asintió con la cabeza.

—Bien —dijo—, creo que esto puede darse ya por concluido —se puso en pie y estiró el índice hacia mí—. Pero no se olvide de que ha de pagar una motocicleta quemada.

Me eché a reír.

—Dígaselo a mi jefa —indiqué con la cabeza a la señora Marvis.

—Pagaré lo que sea y con mucho gusto, teniente —contestó la aludida.

—Conforme. ¡Adiós! —Y el policía y su taquígrafo desaparecieron de nuestra vista.

Miré hacia Valeria. Ésta se hallaba embobada, contemplando fijamente a Silvanus. Ahora estaba incluso guapa y en cuanto se arreglase un poco, su físico ganaría mucho. En aquel momento supe que acabarían casándose. En realidad Valeria era la clase de mujer que Silvanus estaba necesitando.

—Vámonos, muchachos —dijo la abominable—. Estos dos tienen que hablar. ¿Cuándo quieren el cheque?

—Ya se lo diremos —contestó Mesalina—. Pero no hemos de tardar mucho en reclamárselo.

Marpha se llevó a los dos jóvenes de allí. Mesalina y yo quedamos solos en la estancia.

Cogí uno de sus largos mechones de cabello y lo enrosqué en mi dedo. Ella se dejó hacer.

—¿Cuánto supiste que te casarías conmigo? —pregunté.

Me miró con una luz extraña, que brotaba de lo más hondo de sus fosforescentes pupilas.

—Luego... ¿aceptas, Tibby? —balbució.

La traje suavemente hacía mi pecho.

—Pues claro que sí, tontita. Pero aún no has contestado a mi pregunta.

Sonrió a través de las lágrimas.

—Fue... cuando la abominable me dijo que buscara a un buen detective. Hacía ya tiempo que deseaba conocerte... desde que leí el relato de tu actuación en el caso Lemmon. Entonces dije que eras el hombre que me gustabas... pero no me atreví a decírtelo por si confundías mis... mis propósitos. Y claro, en cuanto la señora Marvis me llamó...

—Viste el cielo abierto, ¿verdad?

Mesalina parpadeó, asintiendo. Alargó luego el cuello y juntó sus labios con los míos.

Cuando nos separamos, faltos de aliento, dije:

—En lo sucesivo, te abstendrás de andar por ahí, tiroteándote con la gente, ¿estamos?

—Era la única solución para detener a Skavic, cariñín. Le hice volverse para adentro...

—Pero pudo haberte matado.

Se encogió de hombros.

—No lo hizo... Tipo astuto —comenzó tras una corta pausa—. Obligó a Valeria a amenazar a Silvanus con una pistola descargada. Él estaba detrás, invisible desde el jardín. En cuanto vio que tirabas la pistola, echó a correr y...

—Entonces entraste tú en acción.

Me miró. Sonreía suavemente.

—Dejemos eso ya, querido. Hablemos de otras cosas.

—¿Por ejemplo...?

—De la granja que compraremos con los cincuenta mil que nos dará la abominable, de las gallinas y patos que criaremos...

—De las futuras visitas de la cigüeña...

Enrojeció.

—¡Tibby! —Pero me echó los brazos al cuello. Al cabo de unos momentos, dijo—: Oye...

—¿Sí, amorcito?

—¿Te parece? Marpha ya no será más la abominable, sino la simpática señora Marvis.

—Para mí, por supuesto.

—¿Por qué?

Volví a besarla.

—Por esto —dije—. No podría hacerlo si no la hubiese conocido.

—Ni yo tampoco —suspiró Mesalina.

FIN

Nick Terrence se halló con un cadáver en mitad de la calle. Y el hecho de haber sido el primero en verlo, iba a reportarle funestas consecuencias...



UN CADAVER EN EL BRONX

es el título de la más intrigante novela policiaca, lograda por el célebre autor

JOE MOGAR

¡Nick y Jane estaban en constante peligro de muerte... desde el día en que un cadáver fue el tema principal de su más explosivo artículo!

UN CADAVER EN EL BRONX

¡El espeluznante relato de un crimen sin precedentes en los archivos del F.B.I.!

COLECCION SERVICIO SECRETO

lo presentará, como una de sus mejores selecciones, dentro de siete días

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
732 — Jesús Navarro
EL TORRENTE

COLEC. "MADREPERLA"
628 — E. Aguilar de Rücker
RENACER TRIUNFANTE

COLECCION "ROSAURA"
572 — Mary Vidal
OFENSA VENGADA

COLECCION "AMAPOLA"
459 — María Adela Durango
EL ULTIMO INSTANTE

COLECCION "ALONDRA"
393 — María Morgan
NOTICIA SENSACIONAL

COLECCION "CAMELIA"
334 — Eva Ferrán
SUBLIME DECISION

COLECCION "CORAL"
27 — Corín Tellado
RENUNCIO A TU PERDON

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
673 — Alf. Regaldie
DENVER, CIUDAD DE MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"
537 — Clark Carrados
PASAJE PARA LA TUMBA

COLECCION "BUFALO"
370 — A. Rolcest
EL FANTASMA DEL "NAIPE DE ORO"

COLECCION "TEXAS"
238 — Mikky Roberts
FUEGO Y POLVORA

COLECCION "CALIFORNIA"
217 — M. Lafuente Estefanía
EL CUCHILLO Y EL "COLT"

COLECCION "COLORADO"
162 — Raf. Seggram
DOS COLOSOS DEL REVOLVER

COLECCION "KANSAS"
128 — Silver Kane
EL DIABLO VISITA DENVER

Col. "HEROES DEL OESTE"
110 — M. Lafuente Estefanía
EL EMBRUJO DEL OESTE

COL. "ASES DEL OESTE"
80 — Cliff Bradley
FRONTERA DE TEXAS

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2-Barcelona-Hipólito Irigoyen, 646 Buenos Aires

¿Es bueno este almanaque, don
Angel?

¡SÍ, SEÑOR!



ALMANAQUE PARA 1961 DE

EL DDT

¡ESTA A LA VENTA!

SOLO CUESTA 5 PTAS.

COLECCION



HIS- TO- RIAS

LA COLECCION MAS LEIDA EN TODOS LOS PAISES DE HABLA HISPANA

TEMAS religiosos, culturales,
de aventuras, femeninos, etc.

100 TEMAS APASIONANTES
en los 100 TITULOS PUBLICADOS

magníficamente encuader-
nados con sobrecubiertas
esmaltadas

A TODO COLOR

250 ILUSTRACIONES

Precio: 30 ptas.

■ LIBRO ES EL MEJOR DE LOS AMIGOS,
Y UN LIBRO DE COLECCION HISTORIAS
ES EL MEJOR DE LOS LIBROS



Una creación de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

** para la juventud*

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera,
S. R. L. - Hipólito Irigoyen, 646/50 - BUE-
NOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda.
Carrera 6.ª, núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda.
Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - So-
meruelos, 57 - LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Im-
perio, 255-B. - SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 49
CIUDAD TRUJILLO

ECUADOR: Agencia Selecciones - Aguirre, 717.
GUAYAQUIL.

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA: Des An-
gles International, 408 East, 11St. - New York,
23 N. Y. (Para bolsilibros).

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número
5-42 - GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uru-
guay, 17 - MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones
29 Este, núm. 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA
ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450.
LIMA.

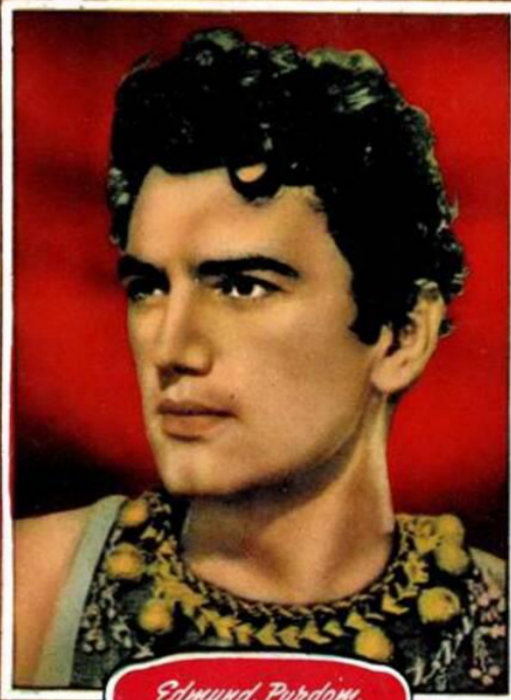
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Forta-
leza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15ª Calle
Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Río Negro, 1.266
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. -
Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Edmund Purdom

N.º 1203

Es uno de los actores del cine norteamericano cuya fama está más afianzada. Una de sus primeras interpretaciones fue en un pequeño papel en "Julio César". Su última película es "Los cosacos", rodada en Italia.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

